

12015 R.66.575
BIBLIOTECA ILUSTRADA

PRIMERA SECCIÓN

EXCMA. SRA. DOÑA ANTONIA DÍAZ
DE LAMARQUE

EL PRECIO DE UNA DÁDIVA

(NOVELA ORIGINAL)



BARCELONA

J. ROURA—A. DEL CASTILLO

EDITORES

Ancha, 25, principal

1893

LOS EDITORES, SE RESERVAN LOS
DERECHOS DE ESTA EDICIÓN.

PRÓLOGO

.
—Pues ello es preciso hacerlo, y por muchas razones hay empeño formal en que usted lo escriba.

—¿Pero no conoce usted en su claro juicio, que no tengo autoridad alguna para eso, y aun en el caso de que la tuviera, la he perdido para escribir mi opinión al frente de EL PRECIO DE UNA DÁDIVA?

—Explíquese usted con más claridad, pues no le comprendo bien.

—Quiero decir, que el lector más vulgar al abrir esta novelita, recordará que hace algunos años leyó mi firma al frente de las interesantes Leyendas y Baladas del Excmo. señor don José Lamarque de Novoa, tituladas *Recuerdos de las montañas*. Menos tiempo ha transcurrido desde que pudo leer el Prólogo á las delicadas fábulas que la Excmo. Sra. doña Antonia Diaz coleccionó con el significativo emblema de *Aves y Flores*, y hace todavía muy pocos meses ha corrido en manos de todos el hermoso poema del Sr. Lamarque, titulado *Cristóbal Colón*, al cual tuve también la satisfacción de unir mi nombre... ¿Qué dirá, pues, el que comience la lectura de esta novela?— Me parece estarle oyendo exclamar:—¡Bah! el amigo de siempre; el apasionado de cuanto escribió D.^a Antonia Diaz!...

—Tal vez no falte á usted alguna razón; mas con eso y con todo, insisto... porque unos dirán eso y otros pensarán de diferente modo. Además, porque usted apreciaba mucho á la autora y conoce todo cuanto escribiera, debe interesarse más, por una parte, en su renombre; y por otra, puede colocar la novelita *EL PRECIO DE UNA DÁDIVA*, en el lugar que le corresponde entre las obras de su ingenio... Esos son escrúpulos, nimiedades...

—Meditelo usted bien.

—No hay excusas. Está todo pensado; la amistad obliga...

—Lo haré como pueda: manos á la obra; pero sea de usted toda la responsabilidad.

—Nada importa.

—Pues usted sabe muy bien que me era conocida de mucho tiempo, desde el punto mismo en que se escribió, la novela que puede decirse se publica hoy por vez primera. La distinguida y fecunda escritora había tenido gusto en leérmela, y yo lo tuve grandísimo en escucharla; y tanta impresión me causó, que cuando años adelante publicábamos en Sevilla aquel periódico titulado *El Ateneo*, que tan brillante acogida obtuvo, se la pedi para aumentar con ella el interés del semanario.

No queria en modo alguno la bondadosa Antonia, que viera la luz su obra.—Había sido una humorada; el deseo de trazar un carácter que había conocido en la sociedad; un ensayo en el género; la imitación de otra novelista célebre...—Estas y otras razones alegaba con su natural modestia, y aunque importunada cedió, como siempre, á los ruegos de la amistad, fué bajo condición y promesa de que no apareceria con su nombre. Quería ver el efec-

to de su novela sin que hubiera prevención favorable ni adversa en los lectores.

Bajo el anagrama de *Enriqueta Madoz de Aliana*, que lo es casi perfecto de su nombre, y que muchos recibieron como moneda corriente, salió en varios números de *El Ateneo* la novela, cuya continuación y desenlace esperaban con ansiedad muchos lectores, y más todavía las lectoras, rogando con encarecimiento que no se interrumpiera la publicación.

Los deseos de la autora quedaron satisfechos; y si por aquella primera impresión que causó la obra en los que la conocieron, hemos de juzgar de su mérito, no dudaremos en asegurar que es mucho, y que no tenía razón en sus vacilaciones para darla á conocer.

Y no podía ser otra cosa. Dotada de clarísimo entendimiento, con agudo ingenio y sensibilidad exquisita, se encontraba la escritora ilustre en la plenitud de sus facultades, en la mejor época de su existencia (1) cuando trazó esta novela; su pluma se había ejercitado ya en diferentes géneros de poesía, y á los brillantes rasgos de su imaginación se unía el conocimiento de la sociedad y del corazón humano, que pudo observar más íntimamente después de su matrimonio, contraído diez años antes (2).

Sus grandes dotes naturales se habían desarrollado y perfeccionado con la experiencia, con la observación; y la novelita que se escribió en tales condiciones, no podía dejar de ser

(1) Contaba escasamente cuarenta años, pues había nacido en Marchena (provincia de Sevilla), en 31 de Octubre de 1827.

(2) Contrajo matrimonio con el Excmo. Sr. D. José Larraque de Novoa, en Sevilla, el 1.º de Abril de 1861.

. *un diamante*
pequeño en la cantidad,
mas lo que es en calidad
no conoce semejante,

según dijo de otro el Fénix de los ingenios.

Corre la narración con una claridad lucidísima, sin tropiezo alguno; el argumento es de una encantadora sencillez, y los caracteres son pocos, pero trazados con pincel tan diestro, que aparecen vivos á nuestra vista. Si se die-
ra la obra sin nombre de autor, más de cuatro lectores la creerian caída de la pluma de *Fernán Caballero*. Y si por las condiciones ya notadas podria creerse que EL PRECIO DE UNA DÁDIVA era obra de la famosa novelista, y hermana de *La Gaviota* y de *Lady Virginia*, hay otra cualidad en que se iguala con ellas, y es en la viveza de los afectos, en el ambiente puro que en toda la acción se respira, en la rectitud de intención y sensibilidad de la autora, que transpiran por todas partes y dan su verdadero color á la novela.

Cediendo la escritora á repetidas instancias de sus amigos, consintió en que de su obrita se hiciera una corta tirada, que puede decirse es totalmente desconocida; de modo que, aunque dos veces impresa, tiene carácter de novedad, y ahora es cuando el público va á gozar de esta pequeña historia. No creemos equivocarnos al esperar que su fallo ha de ser quizá más favorable que el juicio que dejamos estampado. Desgraciadamente, y por lisonjero que sea el éxito, el aplauso de los lectores no puede alcanzar ya al extremo que nosotros hubiéramos deseado, venciendo la repugnancia, el temor de la distinguida poetisa á dedicarse

á la novela. Muchas veces procuramos inclinar su ánimo en esa dirección, bien seguros de que hubiera acrecentado su merecida fama, ciñendo nuevos lauros á su frente, pues la novela corre en manos de todos y cuenta círculo de lectores mucho más amplio y numeroso que las poesías líricas...

—Vea usted un punto en el que no estamos conformes, y creo firmemente que se equivoca. Antonia había nacido poeta; lo era por su corazón y por su fantasía: los pensamientos acudían á su mente acompañados de imágenes bellísimas, ardientes, llenos de vida; y la forma poética se adaptaba á su inspiración y á la delicadeza de su sensibilidad.

—Perfectamente; y por esas razones mismas, porque unía inteligencia, sensibilidad é imaginación, no dudo en asegurar que hubiera brillado en la novela lo mismo que en la poesía lírica y narrativa. ¿Qué razón podrá usted encontrar para que la autora de *La más noble caridad*, y de *El alma de Garibay*, que no son bajo el nombre de leyendas, sino verdaderas novelas en verso, no hubiera alcanzado iguales triunfos, y aun mayores y más conocidos, tratando esos mismos asuntos en prosa, y con la amplitud que permite la novela, donde pudiera presentarlos cuadros sociales que observara con su privilegiado talento, unidos á todas las creaciones de su imaginación inspirada?

No son opuestas las dotes naturales del poeta lírico á las de narrador y novelista; lo que sucede es que se ven reunidas rarísima vez en un mismo sujeto. Si de ello necesitáramos aducir pruebas, pronto saldríamos de empeño con recordar dos nombres célebres, uno de

Francia y otro de España, ambos muy cercanos á nosotros. Victor Hugo y Espronceda; y lo que únicamente podría objetarse es que están lejos *Nuestra Señora de París* y *Los Miserables* de las *Odas* y *Baladas* y de *La leyenda de los siglos*; y más lejos todavía *Sancho Saldaña* de *El estudiante de Salamanca* y de la *Canción del pirata*. Podrían multiplicarse fácilmente los ejemplos con poetas y novelistas de España y de otros países, aunque ninguno de tanta celebridad como Victor Hugo y Espronceda.

—No quiero contradecir abiertamente esa opinión... pero de la poesía, de la ficción, de lo ideal á la verdad desnuda, al naturalismo que hoy es la base de toda novela transcendental, hay tan inmensa distancia... ¡Digo! dé usted un salto desde *Fernán Caballero* y Antonia Díaz á Emilio Zola, desde la fe más pura al positivismo más experimental!... ¡Ni el de Alvarado!

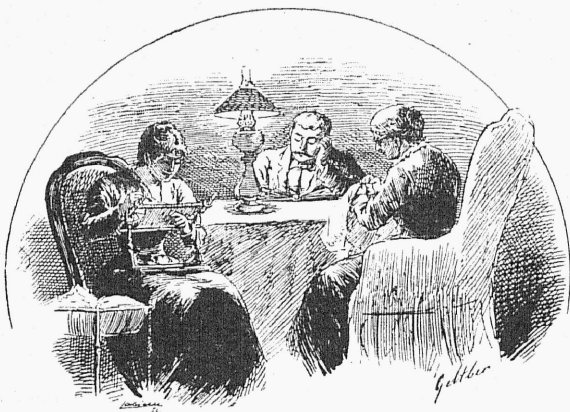
—No es tanta la distancia como usted se figura, amigo mío. Es grandísima, inconmensurable en el fin que unos y otros se proponen, pero no en los medios... ¿No ha oído usted decir que los extremos se tocan?—Emilio Zola, que no entiende la verdadera noción de arte sino como el estudio de las pasiones y de la realidad reflejadas en un temperamento, y se forja la ilusión de tocar al ápice del naturalismo, presentando en toda su crudeza, en su vergonzosa desnudez los rasgos del instinto animal en caracteres sin freno, ha llegado sin transición y por la fuerza misma de la exageración de sus pinturas á crear personajes cargados de groseros instintos, tan falsos y tan fuera de la naturaleza como los más fantásti-

cos é ideales que presentaron Victor Hugo y Eugenio Sue en *Nuestra Señora de París* y en *El Judío Errante*... ¿Pero adónde vamos á parar? ¿Hemos de engolfarnos á propósito de esta preciosa novelita en esa cuestión todavia candente que llega desde lo ideal á lo experimental? Volviendo á nuestro tema, y como antes dije á usted en el punto de su interrupción, ya, por desgracia, ni las repetidas ediciones que se hagan de EL PRECIO DE UNA DÁDIVA, ni los aplausos del público, lograrán que su ilustre autora aumente nuestro caudal literario con nuevas producciones de su ingenio. Hace más de un año (1) que la muerte la arrebató de entre nosotros después de largo padecimiento, con grandísimo pesar de cuantos conocian su bondadoso carácter.

Pero insisto en que ciertamente esta novela, sencilla en su argumento, llena de verdad, de vida y de sentimiento en todas sus escenas, servirá á la posteridad para añadir nuevas hojas al merecido laurel que orna las sienes de la Sra. D.^a Antonia Díaz.

JOSÉ M.^a ASENSIO.

(1) Falleció la Excm.a Sra. D.^a Antonia Díaz de Lamarque, en la villa de Dos-hermanas, á corta distancia de Sevilla, el día 19 de Mayo de 1892.



Apenas amanecía, entregábase á sus improbas tareas, *pág. 13.*

EL PRECIO DE UNA DÁDIVA

I

SUAVES y puras impresiones de la infancia, recuerdos benditos de la época más dichosa de la existencia, ¿habrá quien pueda desterrarlos de su corazón? Es casi imposible: olvidamos con frecuencia los más recientes sucesos; aun aquellos que tienen algún interés, al mismo tiempo que conservamos en la memoria, con todos sus accidentes, los más insignificantes de nuestra primera edad; y en todas las vicisitudes de la vida recordamos las palabras y primeros consejos de nuestros padres, que resuenan en la imaginación como si acabásemos de oírlos.

Las afecciones más fuertes y duraderas son también las que se contraen en la infancia, así una madre hace inmenso bien á sus hijos al avivar en sus corazones el mútuo cariño, fortaleciendo más los sagrados lazos que pocas veces logra romper el tiempo, si han sido formados en la edad primera por el previsor amor maternal.

Estas ideas animaban á la viuda de Valdés, establecida en Sevilla, al educar á los dos hijos que le había concedido el Cielo, inspirándoles esa ternura, ese imperecedero cariño en el que estriba la paz doméstica, base de toda felicidad.

La bondadosa señora doña Benigna García, viuda de Valdés, era de familia bastante distinguida; mas la fortuna había sido siempre muy esquiva con ella, viéndose, por último, la infeliz, después de sufrir mil disgustos, atendida á una tan escasa renta, que la miseria se hallaba á su lado, siempre amenazante. No desmayaba por esto la noble señora, hallando compensación á todos sus pesares en el cariño de sus hijos. Pablo, el menor de ellos, contaba sólo siete años á la muerte de su padre, acaecida en el de 1846, Angela tenía dos más que su hermano.

Era Angela una de esas niñas de naturaleza privilegiada, que parecen nacer instruídas y buenas, y además uno de esos tristes séres que vienen al mundo como predestinados á sufrir y á no gozar ja-

más placer alguno. Las venturas de la infancia fueron desconocidas para ella: abrió los ojos á la razón, cuando en su casa reinaban las grandes penas que ocasionan tenaces pleitos y con ellos el creciente desmembramiento de la fortuna, y la pérdida de su padre, ácaecida por estos disgustos, vino á coronar aquella serie de amarguras que ella, aunque niña, había comprendido bien. Después, su claro y precoz entendimiento hízole conocer cuánto tendría su buena madre que sufrir para arrostrar la pobreza que le esperaba, y propúsose consagrar toda su existencia á aminorarla.

Habíala dotado el Cielo de tanta habilidad como talento, y, determinada á utilizar estas dotes, comenzó para ella, desde tan tierna edad, esa vida de asíduos trabajos y generosos sacrificios que, para honra de la humanidad, llevan tantas jóvenes con una abnegación que bien pudiera llamársele heroísmo, y heroísmo grande, puesto que pasa ignorado, y pocas veces recibe en la tierra justo premio. Apenas amanecía entregábase á sus improbas tareas: su madre, derramando lágrimas de ternura, ayudábala en cuanto su vista ya cansada se lo permitía, y una criada antigua llevaba en secreto los trabajos concluídos á las personas que con empeño encomendaban las más delicadas y prolijas labores á la hada misteriosa cuyo nombre ignoraban, y que, por un noble orgullo, ó por un sentimiento de dignidad y modestia, ocultábase á sus ojos.

El primer cuidado de madre é hija fué la educación de Pablo. Su hermana repasábale todas las noches las lecciones ocupando las veladas en ésto y en arreglarle la ropa, deseosa de que su querido Pablo no tuviera jamás que verse humillado ante sus compañeros.

Así, pues, aquella familia casi indigente lograba, por su unión y por su constante laboriosidad, hacer frente á los infortunios, de tal modo, que pudo conservar la decencia que á su distinguida clase correspondía.

En verdad que ni entonces, ni más adelante, cuando la niña modelo de hijas y de hermanas, tuvo competente edad para ello, pudo concurrir jamás á teatros y paseos, careciendo de esas sencillas y gratas distracciones de que tanto necesita la juventud. Tampoco asistió á reuniones ningunas: era Angelina demasiado orgullosa, en el buen sentido de la palabra, para descender, sólo por buscar diversiones, á esfera distinta de la suya, y era á la vez demasiado pobre para poder alternar dignamente en los elevados círculos adonde por su cuna y educación le correspondía. Su claro discernimiento hacía la huir de ese lujo ficticio que el pueblo llama *quiero y no puedo*, y que dió origen, en época no muy lejana, al denigrante calificativo de *cur-si*. Ahogando todos sus deseos, vivía la modesta joven en su retiro; fundando su dicha en el sagrado cumplimiento de sus deberes de hija y de hermana.

La señora de Valdés cuidaba de hacer presente á su hijo cuánto debía al generoso desprendimiento de aquella humilde niña; y él, que era vivo y muy bondadoso, lo comprendía bien, contemplando con el más acendrado cariño á la clemente bienhechora que le ofrecía el Cielo.

II.

Bien hubiera querido la buena madre que su hijo siguiera una carrera literaria ó científica; mas, por la escasez de recursos, tuvo que desistir de semejante idea, colocándolo, apenas halló ocasión para ello, de meritorio en una oficina.

Tenía Pablo á la sazón catorce años, y aunque á esa edad pocas personas son reflexivas, él, que desde la infancia estaba penetrado de la triste situación de su familia, lo era y mucho. Por esto, y más aún por el ejemplo de su santa hermana, se aplicó tanto en su dependencia, que se captó en breve el aprecio de sus superiores; y habiendo quedado vacante una plaza de escribiente con doscientos reales al mes de sueldo, fué él, con beneplácito de todos, nombrado para ocuparla. El joven no pudo disimular, al saberlo, la alegría de su alma; por lo que enternecido el jefe, anciano de excelente corazón y que tenía los mejores antecedentes de su protegido, fingió haberse equivocado, añadiendo que en vez de diez duros era una onza mensual el sueldo que le correspondía.

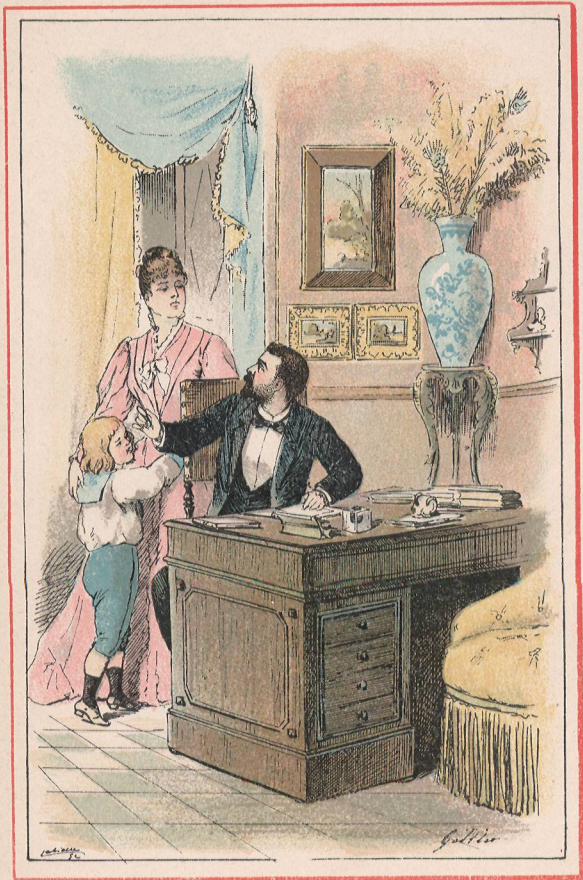
Impaciente estaba el niño por dar á su madre y hermana tan grata nueva. Al llegar á su casa halló que ambas habían salido á encargos de una amiga ausente, y ésto, que al pronto le contrarió, agradóle después, pensando aplazar la agradable noticia hasta buscar un medio ingenioso de dársela, de modo que la sorpresa de ellas fuese aún más grata.

No tardaron mucho en volver.

Angela era una joven de bella y de simpática fisonomía, á la que daban encantadora espresión sus grandes ojos pardos de triste y bondadosa mirada. No usaba lujo, como ya hemos dicho; más su porte era de tal distinción, que con su sencillo equipaje parecía tan elegante como si llevase el costoso atavío que pudiera dirigir la más hábil modista. Aunque tenía ya diecisiete años, y no le faltaba instrucción adquirida por ella en sus cortos ratos de ocio, como su vida había sido retirada, y modestos sus hábitos, conservaba aún la dulce inocencia de la infancia. Reconviéndola en broma Pablo por su tardanza, respondió con la ingenuidad que le caracterizaba:

—Es verdad, hemos tardado y yo he tenido la culpa. Salimos poco; y siempre me sorprende la multitud de establecimientos nuevos que encontramos, y me detengo, como una aldeana, delante de los lujosos muestrarios! ¡Se ve tal variedad de objetos, que es imposible dejar de admirarlos!

—Y nada se te antojó.



...de pie, Aurelia, imponente como el genio del mal... pág. 29.

—A mí, nada.

—Faltas á la verdad, hija mía, dijo la cariñosa madre sonriendo. Ante las maravillas del lujo sientes los mismos



... exhalando un grito de asombro al ver el cofrecito... *pág. 18.*

deseos que todas las jóvenes de tu edad; mas reflexionas que son irrealizables y tienes la prudencia de ocultarlos. Hoy, sin ir más lejos, no podías apartar los ojos de un lindo cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar, de exquisito gusto por cierto.

—Es verdad, me agradó mucho, ocurriéndome la idea de lo útil que me pudiera ser para guardar las cartas de mis amigas y mis apuntes.

—¿Y por qué no lo compraste? dijo Pablo.

—¿Estás loco? Había de malgastar lo que tanta falta nos hace, en un objeto puramente de capricho, marcado en la suma, enorme para mí, de tres cientos veinte reales?

—¡Una onza! Ciertamente es bocado caro para nosotros,—dijo el niño riendo.

Halagado por una oculta idea preguntó en tono indiferente en qué tienda lo habían visto, hablando luego de mil cosas distintas.

Pocos días después presentóse trayendo un abultado objeto envuelto en papel y lo colocó delante de su hermana. Desdoblólo ésta con pueril curiosidad, exhalando un grito de asombro al ver el cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar, que tanto había deseado. Abriólo con infantil alegría, y en un cajoncito, especie de secreto, que había en el fondo, halló un pliego de esa clase de papel que tanto agrada á los adolescentes, fino y recargado de adornos, y en el corto trecho liso que dejaba su ancha cenefa, vió escritas con menuda y bella letra, estas palabras:

«En prueba de profunda gratitud co-
»loco á tus pies, hermana mía, esta hu-
»milde ofrenda, que á falta de otro mé-
»rito lo tendrá para tu corazón, al sa-
»ber ha sido adquirida con la primera
»cantidad que con el sudor de su frente
»ha ganado tu amante hermano

PABLO.»

La joven quiso hablar, más impidiéronselo sus lágrimas. La buena madre,

muda también por la emoción que experimentaba, tomó la carta, y, al respaldo de lo que había escrito Pablo, trazó con mano temblorosa las siguientes frases:

«Hija querida: sea para tí tan delicado presente, perpétuo testimonio de la gratitud y el cariño de tu hermano, que tan buen empleo ha sabido dar al primer fruto de su trabajo. Conserva siempre esta dádiva; y reflexiona al contemplarla que, aunque de escaso valor real, sólo pudieras pagarla á peso de oro y aun así no bastaría.»

Pablo, con la más viva satisfacción, les hizo entonces saber su ascenso y el sueldo con que ya contaba, el que pondría siempre religiosamente en poder de su querida madre. Todos tres lloraban de alegría: lo futuro mostrábase ya menos triste á sus ojos, y la mútua generosidad, los santos lazos de cariño que los unían, hicieron que en aquel momento fuesen, en medio de la pobreza, los seres más felices del mundo.

III.

Pasaron algunos años. Pablo había ascendido mucho en su carrera de empleado, tanto en sueldo como en categoría; debiendo sus adelantos no á la intriga, como generalmente sucede, y si á su honradez, claro talento y constante aplicación.

Aun seguía siendo el hijo sumiso y el hermano tierno; su carácter, bondadoso

en extremo, sólo tenía una falta, hija de sus mismas excelentes cualidades: era demasiado débil.

Angela seguía siendo asimismo la joven simpática y buena de siempre. A pesar de que rayaba en veinticuatro años, así en su figura como en su trato, parecía aún muy niña, conservando su corazón, libre de violentas pasiones, y su semblante, ageno de cosméticos, toda la pureza y la dulce frescura de la adolescencia.

El aislamiento en que había vivido, en su primera juventud por necesidad y después por hábito, había hecho que su mérito fuese desconocido de aquellos que indudablemente la hubieran escogido por esposa, si hubiesen sabido las altas virtudes que la adornaban. Sin embargo, un joven había, casi se puede decir, adivinado este tesoro, sintiendo por ella un amor de esos que llegan á ser eternos, porque emanan del sentimiento y tienen un poderoso auxiliar en la razón; mas la pobreza de Luis de Guzmán (tal era su nombre), y lo atrasado que, apesar de su buena hoja de servicios, se hallaba en su carrera militar, hicieron que, en la imposibilidad de unirse, ocultasen ambos en su corazón aquel profundo afecto que ya los había enlazado para siempre.

Pablo también eligió la que habría de ser su eterna compañera. Ocupaba el joven desde muy temprano, así por la categoría de su destino, como por su ilustración y distinguidas maneras, un digno lugar en la esfera del buen tono. Rela-

cionado con todos cuantos aparecían en primera línea en la capital, principalmente con los altos empleados, era asíduo concurrente de las más escogidas reuniones. En una de éstas conoció, prendándose ciegamente de ella, á la elegante joven Aurelia Rocafort, hija única de un brigadier de marina, catalán, que se hallaba de cuartel en Sevilla.

Bella y de ilustre familia, pero con pretensiones muy superiores á su hermosura y posición, Aurelia era el tipo completo de la joven vanidosa que cree merecer todas las atenciones y obsequios de cuantos la rodean, siendo su padre, que tenía un carácter muy semejante al suyo, quien más la afirmaba en la idea de su gran superioridad.

Uno de los primeros efectos de la vanidad, cuando se entronizan en el corazón de una joven, es el amor al lujo.

Bien podían muchas competir con Aurelia y superarla en belleza, pero ella estaba segura, gracias á su complaciente padre, de que sus deslumbradoras galas eclipsaban á las de todas las demás, y gozaba en verse citada como el más cumplido modelo de elegancia.

La altiva señorita Rocafort abrigó por mucho tiempo la esperanza de hallar un partido tan ventajoso cual lo merecía por sus *relevantes cualidades*.

Mas pasaron años; ya tenía sus veinte muy cumplidos, y no habiéndose presentado el Crespo con que soñaba, volvió sus ojos á Pablo, á quien jamás había ahu-

yentado del círculo de sus admiradores, calculando, harto previsora en verdad, que en último caso siempre podía hallar en él un buen marido.

Así, pues, *dignóse* al fin aceptar aquel corazón enriquecido con los más nobles sentimientos, y el constante pretendiente alcanzó su mano como un inapreciable favor, al que debiera vivir eternamente agradecido.

Esto lo comprendió demasiado la señora de Valdés, con su perspicacia de madre, aunque alejada del círculo donde figuraba su hijo; y tanto ella como Angela adivinaron entristecidas, que Pablo, por su debilidad de carácter, sería humilde esclavo de los caprichos de su mujer.

No tardó mucho sin que tuviesen evidentes pruebas de esto. Aurelia recibía y pagaba sus visitas con la más estudiada ceremonia, algunas veces hasta con ostensible desagrado, y al año, que ya tenía una hija y veía crecer sus gastos, impulsó á Pablo para que hiciese saber á su madre, que con el aumento de gastos era preciso rebajar un tercio de la cantidad que le había asignado para que viviese con decencia.

IV.

Luis de Guzmán, adivinando lo que acontecía, pidió á la señora de Valdés la mano de Angela, que le otorgó, y le propuso vivir unidos, puesto que si no tenía pingües rentas que ofrecerle, en cambio

el santo lazo de cariño que los había de ligar bastaría acaso para hacerlos felices.

El proyecto de este enlace afectó á Aurelia de un modo extraordinario.

Inmediatamente pidió informes de Luis: todos vinieron contestes favoreciendo al pobre joven. Por ellos supo su fatal enemiga que era descendiente de noble y honrada familia, que su conducta era intachable, elevadas sus ideas, limpia su hoja de servicios y que faltábale sólo que una mano protectora hiciera valer sus excelentes cualidades para ascender en su carrera. Mas en vano, por diferentes conductos, llegaban á ella estas noticias; su oposición era cada vez más ardiente, y no hallando en Guzmán defectos que la motivaran, concluyó por manifestar su soberbia, diciendo á Pablo que la idea de ver á su hermana casada con un miserable subalterno, le quitaba la vida, exigiéndole la formal promesa de oponerse á tal disparate.

—¿Por qué hemos de alentar nosotros, añadía, las esperanzas de ese advenedizo, que quizás, y aun sin quizás, sueñe con *nuestra alianza* para sus fines particulares?

No satisfecha con la promesa de su marido, contó á su padre lo que ocurría, haciéndole presente su justa oposición y pidiéndole consejos. El brigadier, movido por las *sensatas razones* de su hija, la tranquilizó, asegurándole que si aquel individuo contaba para adelantar con las *relaciones de ellos*, no tardaría en co-

nocer que éstas servirían sólo para alejarlo de Sevilla.

La buena madre, entre tanto, contemplaba con dolor la lucha entablada con los sentimientos de su hija y el amor propio de Pablo, exasperado por su mujer: lucha que, tomando grandes proporciones, amenazaba desunir, quizás para siempre, á aquellos cariñosos hermanos. Deseosa de evitar semejante rompimiento, exigió de Angela que demorase su boda, prometiendo al mismo tiempo á Pablo que, caso que ésta se efectuase, aun tardaría mucho tiempo.

Luis, á quien nada habían querido decir, veía con asombro el cambio efectuado en sus proyectos. Un oficio que recibió del Gobierno le hizo bien pronto comprender la verdad, y presa de la más profunda tristeza, llegó á casa de su prometida.

—Vengo, dijo, á despedirme de ustedes. De improviso; sin haberlo yo solicitado y sin adelantar en mi carrera, antes bien perjudicándome, soy trasladado á otro regimiento que se halla en Castilla la Vieja, para donde tendré que partir dentro de dos días. Conozco la mano que me hiere, pero no la maldigo.

Angela y su madre enmudecieron sorprendidas: ellas también comprendían de dónde había partido el golpe.

—Pablo se opone á nuestra unión, continuó Luis, y ustedes, por un sentimiento de delicadeza, que agradezco, me lo han ocultado. Desde que nací fui des-

graciado: mis padres murieron cuando aun era niño; no he conocido más parientes que á un hermano mayor que yo, el cual malgastó nuestro escaso patrimo-



Vengo, dijo, á despedirme de ustedes, *pág. 24.*

nio, y desesperado, avergonzado tal vez, huyó para siempre de su patria. Nada he vuelto á saber de él: quizás un suicidio habrá puesto término á su desventura. ¡Desgraciado! Yo le hubiera perdonado todos los perjuicios que me ocasionó, porque lo quería con delirio. Mi corazón ha estado siempre sediento de afectos: mi bello ideal era formar parte de una familia honrada y unida por los santos vínculos del cariño; hallé á ustedes y creí iban á realizarse mis sueños... Ví en Angela á la esposa, á la amiga, á

la hermana querida de mi corazón; en usted á la bondadosa madre... Tengo que renunciar á esta felicidad: nací para vivir solo y desgraciado, y mi destino debe cumplirse.

Fueron pronunciadas estas palabras con tal acento de verdadera amargura, que las señoras no pudieron contener las lágrimas.

—Luis, exclamó Angela cediendo á una pronta determinación; yo no sé mentir; mi hermano, ó mejor dicho su mujer, se opone, á nuestro enlace. Quizás á ella debes el golpe que has sufrido; mas tranquilízate, yo sabré compartir contigo la desventura que te han causado; acepta mi mano.

—¿Y Pablo? exclamó su madre.

—Mi hermano se ha creado ya una nueva familia y para nada necesita de nosotras. Nuestro deber hoy es devolver á este desgraciado la tranquilidad que por nuestra causa ha perdido.

Efectuóse al día siguiente el casamiento.

El enfado de Aurelia, apenas lo supo, rayó en locura. Pablo, enconado asimismo y cediendo al mal espíritu que lo dominaba, negóse á escuchar á su madre cuando fué á despedirse, enviándole después una carta en la que le decía que había sabido pensaba marcharse con su hija á Avila; á lo cual no se oponía; que donde quiera que fuese podía contar con la corta pensión que le señalaba á *ella* y sólo á ella, puesto que su hermana ya no existía para él.

Poco después partió aquella desdichada familia; la buena madre se alejó, con el corazón oprimido, de la ciudad donde había pasado la mayor parte de su vida, donde dejaba á su hijo, aquel hijo tan querido á quien ya acaso no volvería á ver más.

V.

No tardó mucho tiempo sin que se cumpliesen los tristes presentimientos de la anciana. Hallábanse en el rigor del invierno al partir de Sevilla, donde apenas se siente el frío y el violento cambio de temperatura que sintieron al llegar á Avila, le sentó tan mal, en el estado de debilidad en que sus disgustos la habían dejado, que á los pocos días cayó gravemente enferma; opinando los facultativos que aquella dolencia, más bien moral que física, no tenía remedio.

La buena señora, que hartó lo sabía, escribió una larga y tierna carta de despedida á su hijo, en la que después de pintarle su estado y de recordarle las mútuas pruebas de cariño que se debían, le suplicaba que antes de su muerte se verificase una completa reconciliación con su hermana.

Desgraciadamente esta carta vino á poder de Aurelia, la que, *previadora* como siempre, no quiso *afligir* á su marido con las *lamentaciones* de su madre.

—Demasiados disgustos le han proporcionado ya al pobre, decía quemando

do el papel, para que ahora consienta yo en que, aun ausentes, traten de amargar su vida.

Pablo supo á poco la muerte de su madre, que en una sentida y concisa carta le notificó Angela. Su dolor fué tan vehemente como verdadero; estuvo muchos días sin querer ver á nadie y derramando, en su retiro, amarguísimas lágrimas. Algo más resignado determinó contestar á su hermana. Habíanse despertado en su alma los más santos recuerdos, había renacido su ternura: sentado en el buró trasladó con mano febril al papel todas las frases que su cariño le dictaba.

—«Hermana de mi vida; mi protectora, mi amiga de la infancia: todas las quejas han concluído entre nosotros. Vente á nuestro lado; apoyaremos á tu marido para que adelante... Vente á nuestro lado; serás la hermana querida de mi Aurelia, la segunda madre de mis hijos, y serás, como siempre, la consejera, el consuelo y el alma de tu desgraciado hermano, *Pablo*.»

Detrás del sillón de su marido, á quien había espiado cuidadosamente, hallábase de pie Aurelia, imponente como el genio del mal. Aunque era una madre bien esquiva, en aquel momento estrechaba á su hijo entre sus brazos con las mayores muestras de cariño. Pablo, al sentirla, volvióse sorprendido.

—¿Leíste lo que he escrito?

—Sí, he leído, contestó la joven con

tono acre; mas antes de enviar esa carta medita bien lo que en ella dices. Considera que nuestras atenciones son muy grandes. Y que al abrir tus puertas á tu hermana, se las abres también á ese aventurero que se atravesó en nuestro camino para hacernos sufrir. Angela se portó muy mal; su casamiento, que fué una verdadera calaverada, abrevió los días de tu madre; ellas á nuestro lado eran felices; ese hombre las arrastró á su ruína... ¡No protejas al asesino de tu madre!

Un temblor convulsivo agitaba los miembros de Pablo: el mal espíritu triunfaba de nuevo de sus nobles sentimientos.

—Pero esos desgraciados, murmuró, habrán hecho grandes gastos que no debo consentir...

—Tu observación es muy justa, dijo la *generosa* dama; envíales una cantidad de dinero, que puede ser crecida, puesto que será la *última*.

La cariñosa carta fué sustituida por la siguiente, en la que iba incluida una letra de cambio:

«Estimada Angela: Desde que recibí tu carta, mis ojos no se han visto juntos un solo instante. En memoria de la buena madre que he perdido, perdono á los que voluntaria ó involuntariamente han causado su muerte.

»Considerando los grandes gastos que este triste acontecimiento les habrá proporcionado, te envío la adjunta canti-

dad para que no se perjudiquen en sus intereses.

»Es la *última ofrenda* que consagra á su madre tu hermano *Pablo*.»

A vuelta de correo recibió éste la contestación, en la que venía devuelta la letra, concebida en estos términos:

«Muy señor mío: Accediendo á los deseos de Angela, que no puede escribirle por hallarse enferma, le doy las gracias por el dinero que se sirvió usted mandarnos y que le devuelvo por sernos completamente inútil. La cariñosa hija había ya consagrado la *última ofrenda* á su buena y santa madre, la cual, gracias al cielo, de nada ha carecido, siendo después conducida á su última morada, tan dignamente como nuestro cariño lo deseaba y su decente posición lo exigía. Soy de V., etc., *Luis de Guzmán*.»

Aurelia, disimulando el gozo que esta carta le produjo, exclamó aparentando disgusto:

—¡Te desprecian! ¡Casi te insultan! Abre los ojos, Pablo; adquiere la energía que te falta... ¡Jamás reconciliación con los que así se comportan con nosotros!

VI.

Muchos años han transcurrido. La morada del jefe de una de las principales dependencias del Estado en Sevilla, D. Pablo Valdés, se ve citada en la ca-

pital como modelo de suprema elegancia, así por el buen gusto que ha precedido á su ornato, como por las brillantes *soirées* con que obsequian sus dueños á numerosos amigos, pertenecientes todos á la clase más distinguida de la sociedad. ¡Pero cuántos sinsabores cuesta al pobre Pablo aquella fama!

Aurelia no imaginó nunca que la mujer de un empleado, por necesidad y aun por decoro, debe huir del excesivo lujo. Mientras vivió su padre todos los haberes del anciano servían para subvenir á los caprichos de su hija; muerto el brigadier, el sueldo de Pablo no alcanzaba para sus crecidísimos gastos, y la *ex-pléndida* dama para conservar las doradas apariencias de su casa, usaba en el interior de ella, y en cosas de primera necesidad, una economía que rayaba en la más ridícula miseria.

No podían, según ella, prescindir de estar abonados al teatro, ni de tener carruaje, si no propio, al menos alquilado por años. Sus sirvientes tenían que ser numerosos, dando su ama á cada uno de ellos un dictado que, en su concepto, los realzaba sobremanera. Así la mujer comisionada de la limpieza de la casa era denominada *doncella*; la costurera *el ama de llaves*; el criado era *el lacayo*: las nodrizas, que por los muchos hijos que habían tenido, casi siempre eran dos, llevaban, aunque nacidas en Sevilla, el nombre y el traje de *pasiegas*; la niñera era conocida por *el aya*,

aunque la joven que desempeñaba este cargo no sabía ni aun leer, y así todos los demás. Agregábase á los costos de esta servidumbre, ridícula por lo pretensiosa, los enormes del tocador de la señora. Cuando la boda de Aurelia, todos decían que la joven llevaba en joyas y trajes un caudal, pero no comprendían que tal caudal, en vez de ser productivo, era ruinoso, puesto que para conservarlo en estado de uso para una dama elegante necesitábase una fuertísima renta.

Así sucedía, y el lujo era la perdición de aquellos esposos.

El lujo, con tanta razón defendido por un ilustre y simpático novelista contemporáneo, es, en efecto, para los capitalistas una necesidad; más aún, es un deber, pero es al mismo tiempo la ruina de infinitas familias que, sin medios para ostentarlo, se ven arrastradas por su terrible corriente.

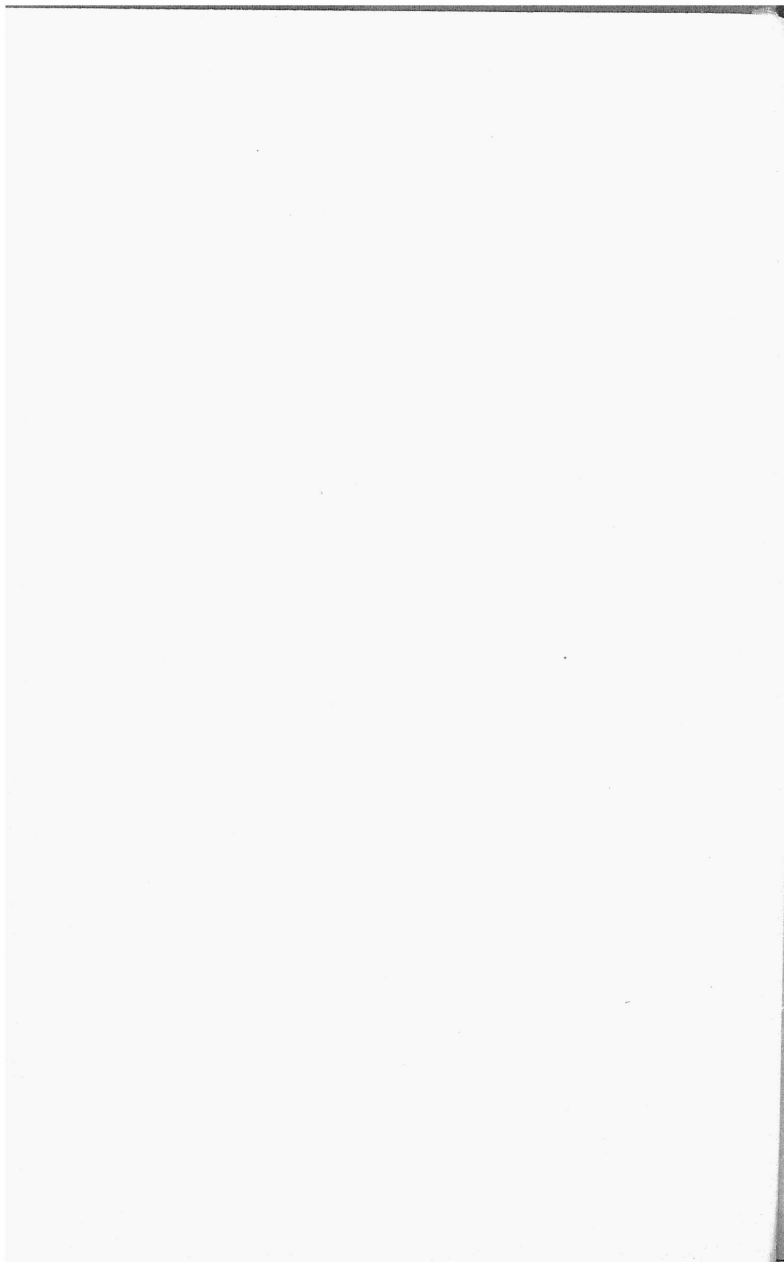
¡Desventurados Icaros de la sociedad, que se levantan con alas postizas para caer al fin en el terrible mar del ridículo! ¿Por qué no tienen el noble valor de retroceder á tiempo en tan fatal camino?

No lo tuvo Aurelia, no lo tuvo su pobre marido, que jamás se negaba á las exigencias de aquella Eva que le había dado el Cielo por compañera.

Las ideas de probidad y honradez que desde muy niño había sentido arraigadas en su corazón el hermano de Angela, salváronle de ser en su destino, como



...que hoy deja V. esta casa para siempre,... pág 65.



otros, oprobio de la clase. Mas, si como empleado, su nombre aparecía limpio de toda mancha, no era así por desgracia como particular. A pesar de dedicarse en secreto á trabajos especiales, robando horas al sueño, de vender cuantas alhajas juzgaba inútiles, de agotar, en fin, cuantos medios hábiles hallaba, su *déficit* resultaba siempre tan enorme, que tuvo en mil ocasiones que valerse del medio que la desgracia ó la mala fe ponen casi al nivel de la estafa: tuvo que recurrir á los empréstitos.

Halláronse al cabo de algún tiempo agobiados de deudas sin medios para solventarlas, y la ilustre señora no comprendía que, en tanto que sus reuniones iban viéndose cada día más *favorecidas* por muchos jóvenes de los que nada tienen que perder, las personas sensatas y de buena posición alejábanse poco á poco de su amistad; ni adivinaba que si sus *tées*, en los que mal de su grado aparecía el indeleble sello de su miseria, le daban entre sus comensales gran fama, otra iban adquiriendo que no tardaría mucho en cubrirlos con la negra sombra del desprecio público.

En efecto; Pablo, el digno y desgraciado Pablo, era mirado ya por muchos como un futuro *caballero de industria*, y ella, que desde que el *elemento joven* dominaba en su tertulia, habíase creado una corte de adoradores *platónicos*, entre los cuales, de un modo también platónico, repartía por igual sus miradas, sus sonrisas

y sus afectuosas palabras, iba siendo notada como una señora de *dudosa conducta*.

Agregábanse á esto los comentarios que se hacían de las interioridades de aquella casa: la extraordinaria miseria que reinaba en ella, referida por algunos y exagerada por todos, era constante objeto de mofa aun para aquellos que se decían sus más amigos.

A tal punto habíalos conducido sus desaciertos, cuando al principio contaban con generales simpatías y tuvieron elementos para ser queridos y respetados de todos.

VII.

Feliz como ninguna, sentíase una mañana la elegante Aurelia de Rocafort. Hallábase en un lindo gabinetito ocupada en bordar con sedas de colores un bello cojín que debía rifarse, á beneficio de los pobres, en una sociedad filantrópica á que pertenecía.

Estaba sola: sus hijos se hallaban con las *pasiegas* unos, otros con el *aya*, las que, nacidas acaso en la Macarena, ó bien en la Cava, no dejarían de inculcar en el corazón de los inocentes algunos principios de su *cultura* y tal vez de su *moralidad*.

La bella dama no paraba la imaginación en esto; ella era demasiado delicada para tener cerca de sí á sus hijos que jeran tan inquietos y ocasionaban tanto ruido! Además, tenía graves ocupacio-

nes á que atender y no podía cuidarse de cosas tan *insignificantes*: para eso estaban sus sirvientes.

Inclinada sobre su labor, aparecía tan aplicada como pudiera serlo la más perfecta colegiala. Sólo de vez en cuando suspendía su obra para repasar la gacetilla de un diario que tenía sobre el bastidor, que era, según la expresión de júbilo que durante la lectura se pintaba en su semblante, lo que aquel día constituía su felicidad. Dejaba el periódico á un lado; á poco tomábalo de nuevo tornándolo á leer una y diez veces seguidas el suelto que tanto le interesaba y que copiaremos íntegro para que se comprenda la causa de su gozo. Habla el gaceti-llero:

«*Rasgo admirable de filantropía.*— Con el mayor placer tomamos la pluma para narrar uno de esos hechos notables, que debieran ser consignados en láminas de bronce. Una de las más bellas é ilustres damas de nuestra sociedad pasó hace días por la casa de vecinos de la calle de *** y detúvose un momento á su puerta. Aquel antiguo caserón está habitado casi en totalidad por esos desgraciados seres desheredados de posición y cultura. La distinguida señora vió en el patio algunas mujeres ocupadas en lavar, en tanto que jugaban ruidosamente muchos niños casi desnudos. Su corazón de madre sintióse vivamente conmovido, considerando cuánto sufrían las que lo eran de aquellos des-

graciados no pudiendo vestirlos convenientemente. Al llegar á su casa citó á sus numerosos amigos, contóles con lágrimas en los ojos lo que había presenciado, y en el acto levantóse una colecta, en la que se reunió cantidad suficiente para comprar á los pobres niños un buen surtido de ropa.

«No queremos quebrantar el incógnito de la modesta y benéfica señora, pero sí, cumpliendo la sagrada misión de la prensa, diremos muy alto que la sensible, la bondadosa, la compasiva A. R. de V. merece universales aplausos y todas las bendiciones del pueblo que tiene la alta honra de contemplarla en su seno.»

Caridad, ¿cuándo has tenido que anunciar tus obras á són de trompeta?

Aurelia Rocafort de Valdés, la modesta, veía transparentarse de un modo bastante claro en aquellas iniciales su nombre, y gozando infinito con la idea del prestigio, y la aureola de gloria que acababa de obtener, proponíase seguir sembrando beneficios en su camino.

Sabíase ya casi de memoria el suelto, repitiendo mentalmente, enagenada de placer: «la compasiva señora merece todas las bendiciones del pueblo,» á tiempo que llegó su marido. Repuesta de la sorpresa que le causó su llegada, antes de la hora de costumbre, su primera idea fué presentarle el periódico; mas al ver la seriedad y tristeza que aparecía en su semblante, se contuvo.

Pablo le entregó en silencio una carta

enlutada y ella leyó su contenido, que era el siguiente:

«Querido hermano: Ayer espiró, después de una larga y penosa enfermedad de pecho, mi bueno y desgraciado Luis, y en este momento acaban de separarlo para siempre de mi lado. Me veo viuda, pobre y sola en el mundo: ¿continuarás negándome tu afecto y dejándome en el abandono á que me has condenado? No lo espero de tu corazón amante y compasivo. En nombre de cuanto ames en la tierra y por la memoria de nuestra santa madre, escribe pronto á tu desdichada hermana

ÁNGELA.

—¿Piensas contestarle? preguntó Aurelia arrugando con mano temblorosa la carta.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué le dices?

—Que sin perder un instante se venga á nuestro lado, y lo que de nosotros sea será de ella.

Los ojos de la dama, chispeantes de cólera, se fijaron en Pablo, el que, contra su costumbre, sostuvo aquella enérgica mirada sin manifestarse vencido.

—Pon la mano sobre tu corazón, dijo con voz reposada, y dime si en conciencia debía contestar otra cosa.

Aurelia pensó de repente apelar á un medio que le daba en todas sus exigencias el más feliz resultado. Tomando á Pablo de la mano lo condujo al departamento donde se hallaban los niños:

—Hé aquí nuestras primeras obligaciones, dijo señalando hacia ellos. Tenemos cinco hijos; además, añadió con tono solemne, graves deberes que llenar en la sociedad, y deudas infinitas, dijo bajando la voz.

Pablo palideció á este recuerdo, murmurando con sordo acento:

—Estamos arruinados, es forzoso cambiar de vida.

—¡Imposible! Tu posición exige que no nos rebajemos en lo más mínimo. Si lo hicieras, nuestro desdoro sería completo.

Un angustioso silencio siguió á estas palabras; al fin, Pablo, dijo con dulzura:

—Después de todo, ¿imaginas que mi pobre hermana, tan buena, tan humilde, puede ocasionarnos grandes dispendios?

Conoció Aurelia que era ya ocasión oportuna de recobrar su poderío, y estrechando entre sus manos las de su marido, dijo fingiendo condescender:

—Véngase Ángela á casa ya que así lo quieres, más con la condición de que no le ofrezcamos sino nuestra mesa, que demasiado es para su comportamiento con nosotros. Que no nos ocasione gastos de ninguna clase. ¿Lo prometes?

Pablo, aunque herido por aquellas frases tan impropias en los labios de una persona delicada, murmuró:

—Lo prometo.

Y rechazando sus manos, alejóse de ella con el corazón oprimido.

Cuando Aurelia volvió á su gabinete fijó la vista en el periódico colocado

aún sobre el bastidor. Coloreándose sus mejillas, y doblando aquel papel, guardólo precipitadamente.

Pablo no debía ya leer la encomiástica gacetilla.

VIII.

Ángela hallóse instalada en la habitación que para ella destinaron, la que, *por casualidad*, era la más insalubre y triste de la casa.

Habíala recibido Aurelia con tal despego que rayaba en grosería. En vano brindábase la pobre viuda continuamente á ocuparse en algunos trabajos que pudieran ser útiles á su hermana política; ésta la rechazó siempre, diciendo que no quería otros servicios que los de sus criados, y añadiendo de paso algunas indirectas que la hiciesen conocer era en la casa un sér completamente inútil.

No tardó mucho tiempo sin que Ángela comprendiese, con su natural viveza de imaginación, que aun conservaba, el equivocado plan que seguía aquella familia, adivinando la falsa posición en que debía hallarse su hermano.

Un día que pudo hablar á solas con éste, lo que era bien difícil por evitarlo siempre Aurelia, hízole presente sus temores, y Pablo, sediento de desahogar su corazón, refirióle todo cuanto le acontecía. Afligióse ella en extremo, mas exclamó, en breve, cediendo á los vehementes y nobles impulsos de su alma.

—Tranquilízate, hermano mío; yo velaré por tí... Volveré á ser joven... Aun no he olvidado aquellas infinitas labores que en vida de mi buena madre sostuvieron por tantos años la decencia de nuestra posición. Hablaremos con Aurelia, la que, á pesar de su carácter adusto, es buena: ¿no es verdad que es buena? Ella también borda y hace flores, trabajaremos las dos sin descanso; y buscaré quien en secreto lleve y haga productivas nuestras obras: nadie lo sabrá, nadie; y si alguno de sus conocidos lo adivina, ¿qué mayor corona de gloria puede ostentar en su frente, siendo tan noble el objeto que la guía? Además, sigue mis consejos, tiene demasiados sirvientes; despide algunos, yo soy fuerte y puedo aún ejercitarme en toda clase de trabajos. Suprime asimismo algunos gastos inútiles: ya notarás la diferencia. Con dos años de buen régimen te verás libre de las deudas que pesan sobre tí, y volverás á ser estimado de los que hoy te tratan con desdén. ¡Tú, hermano mío, tan bueno, tan digno, ser mirado con prevención por personas honradas!... ¿Cómo Aurelia no se extremece á tal idea?... ¿Corramos á buscarla y hagámosle presente nuestro proyecto sin perder un instante.

—¡Detente, detente! gritó Pablo arrepentido de haber participado aquel secreto á su hermana, comprendiendo que sus planes podían crear un grave conflicto en la familia, dada la vanidad de su mujer. Yo hablaré á Aurelia, añadió in-

deciso; tú no comprendes su carácter, yo la prevendré y ya trataremos de los medios que debemos adoptar en lo sucesivo.



... la detuvo la amenazante mirada de Aurelia., *pág.* 43.

Angela leyó lo que pasaba en el corazón de su débil hermano, y adivinando cuanto sufría, no quiso mortificarlo con nuevas reflexiones.

Algunos días después manifestaba Aurelia tal acritud en su semblante, que inspiraba terror á todos cuantos á ella

se aproximaban. La pobre Angela notó las miradas significativas de odio y rencor que le dirigía, lo que le causaba viva inquietud.

Retirada en su habitación hallábase pensando en esto, cuando vió entrar á su *cariñosa* hermana.

—Vengo, dijo Aurelia sentándose con ademán despreciativo, á que tengamos una aclaración que cada día se va haciendo más inevitable entre nosotras. *Usted* no debe ignorar que cuando yo *accedí* á que se viniese usted á *mi casa*, exijí de Pablo que ningún gasto extraordinario nos había de ocasionar su permanencia en ella. Hoy que, por desgracia, se halla usted enterada de todos nuestros secretos, comprenderá demasiado, puesto que le consta, el estado de nuestro erario, por qué mi marido cumple, quizás á pesar suyo, la palabra que me dió. Yo, aunque lo siento por el motivo, me alegro de que sepa cumplirme tan religiosamente su promesa. Otra vengo á exigir de usted, Angela. Como es probable que tengamos que vivir siempre unidas, y la paz doméstica es tan grata, vengo á pedirle que no se entrometa jamás en nuestro plan de vida, ni trate de sobornar á su hermano con el objeto de que siga una línea de conducta distinta de la que yo juzgo conveniente para nuestra felicidad. He sabido con asombro que trataba usted de convertir *mi casa* en un taller de artesanías ó poco menos, que pensaba usted erigirse en maestra mía y directo-

ra de mis gastos... No me interrumpa usted. Comprendo demasiado cuantas reflexiones puede usted hacerme, á las que por única contestación le diré que deje á cada uno arreglar sus asuntos como mejor le convenga. Sea usted, pues, de aquí en adelante en mi casa como una huésped: limite sus obligaciones á presentarse á la hora de comer á nuestra mesa, y así viviremos tranquilos. Además *exijo* de usted que no trabaje nada para extraños, porque eso, al fin, llega á saberse, y como usted comprende sería un desdoro para nosotros.

La sorpresa y el dolor hicieron enmudecer á la infeliz Angela. Quiso por último responder, pero la detuvo la amenazante mirada de Aurelia, la que, levantándose, salió rígida y soberbia como había entrado.

—Es forzoso que yo me marche, dijo para sí la pobre viuda, dejando correr sus comprimidas lágrimas.

Levantóse á poco para hacer sus preparativos de viaje, mas detúvose murmurando:

—¿Y Pablo? ¡Pobre hermano mío, tan desatendido, tan humillado en su propia casa! No, no lo abandonaré; arrostraré todos los desprecios de Aurelia para velar por la dicha y la honra de mi hermano!

Y sentóse de nuevo tranquilizándose con la fe de sus nobles propósitos.

IX.

Un año había transcurrido.

La pobre Angela seguía sufriendo con la fortaleza de un mártir, los desprecios infinitos de su hermana política y, lo que más le mortificaba aún, la indiferencia de Pablo, el que evitaba todas las ocasiones de hallarse á solas con ella, y cada día parecía más sometido á los caprichos de su mujer. En efecto, fuese por su constante deseo de conservar la paz doméstica, fuese porque los disgustos hubiesen apagado aún más su carácter, la debilidad de Pablo y su apatía para todo, aumentaban de un modo extraordinario.

Aproximábase el mes de abril. Sevilla anunciaba los irresistibles atractivos de sus festividades religiosas y su feria, y una multitud inmensa de forasteros y extranjeros comenzaba á poblar sus hoteles. Uno de los personajes más notables que llegaron fué un primo de Aurelia. Enrique de Rocafort, vizconde del mismo nombre y condecorado con varias distinguidas cruces, aparecía á lo Monte-Cristo, rodeado de opulencia y misterio. Mas el pueblo de Sevilla, que en esto de indagar vidas ajenas participa algo del espíritu de las aldeas, y que ante las notabilidades del lujo, mira la causa más que admira el efecto, pronto supo que aquel flamante personaje, sin carrera ni bienes conocidos, gozaba de una fama algo dudosa en las poblaciones donde había vivido.

En tanto, para Aurelia el vizconde de Rocafort, instalado en uno de los mejores departamentos de la fonda de Londres, elegante hasta la exageración y que traía caballos que debían lucirse en las carreras, era, como á solas decía á su marido, «un pariente que los honraba». Podemos figurarnos con cuanto entusiasmo lo recibiría. Pronto el vizconde, por voluntad de ella, fué el íntimo amigo de Pablo y tuvo poder para entrar á todas horas en su casa. Es verdad que aquel sujeto tenía fama de calavera, y ellos lo sabían, pero las *calaveradas de buen tono*, según Aurelia, eran méritos en personas de la calidad de Enrique.

Un nuevo dolor vino á herir el corazón de Angela. Siempre había notado con disgusto el vivo afán de su hermana por parecer bien á los jóvenes que concurrían á su casa y por oír sus exagerados elogios. Mas en aquellas coqueterías, aunque ridículas é impropias de una señora de su edad y circunstancias, no se veían graves consecuencias y sí sólo la satisfacción de una pueril vanidad. Ahora presentábase un peligro real para el honor de su hermano: su esposa habíase apasionado ciegamente de aquel advenedizo primo, en quien admiraba el bello ideal de su corazón.

Conservábase Aurelia bastante bien á pesar de sus treinta años. Era de elevada estatura, muy blanca y tenía una cabellera rubia magnífica; ventajas que la hacían parecer hermosa, á pesar de que

sus abultadas facciones daban á su semblante repelente dureza. Ella había corregido, á fuerza de estudios ante el tocador, este defecto, presentando en su rostro tal expresión de dulzura y sencillez, que le atraían simpatías universales. Aquella máscara de bondad sólo desaparecía en su casa cuando se veía contrariada por su marido ó cuando hablaba con la pobre Angela. Entonces su fisonomía cambiaba de tal modo, que hubiera causado espanto á todo el que la contemplara. Mas si llegaba algún extraño, como por arte de magia volvían su benévola mirada y su afectuosa sonrisa.

Puede comprenderse cuánto sería su afán por aparecer con la más simpática de sus caretas á su elegante primo. Este hallábala, y complaciase en repetírselo así, *deslumbradoramente bella*. Mas otro atractivo tenía Aurelia para él superior á su hermosura: su lujo.

La distinguida señora conservaba todas sus alhajas, las que, á pesar del atraso de su casa, habíanse ido aumentando y cambiando de forma, según los preceptos de la moda. Aquellas joyas, con tal arte presentadas, eran el imán que atraían todas las miradas del vizconde, harto conocedor de las piedras preciosas para ignorar el valor de las de su prima, la que por esto era calificada por él como la joven de más gusto y más espiritual de España.

Angela no había visto al vizconde más que los días que éste se quedaba á comer,

única ocasión que ella tenía para ver á sus hermanos, mas pronto leyó en las miradas de Aurelia el terrible secreto de aquel indigno amor. Después, desde la humilde ventana de su cuarto, veíala salir todas las tardes con sus dos hijos mayores, observando espantada que ellugar de Pablo en la carretela, ocupábalo siempre aquel primo fatal, cuya fama de atrevido con las señoras era conocida hasta de los mismos criados.

—Aun es tiempo de remediar el mal, pensó, y sin demora expió una ocasión en que Pablo pasaba á su lado y le dijo con voz apenas inteligible: «Hermano, cuidado con el vizconde... Mira por tu honra, que se halla en peligro».

Rechazóla Pablo respondiendo con ostensible desagrado:

—Tienes poco mundo y mucha malicia. Tranquilízate; yo vivo confiado y seguro en la virtud de mi mujer.

La pobre hermana retiróse á su habitación, murmurando:

—Dios mío, ¿por qué permites que hombres honrados cierren sus ojos á la evidencia?

X.

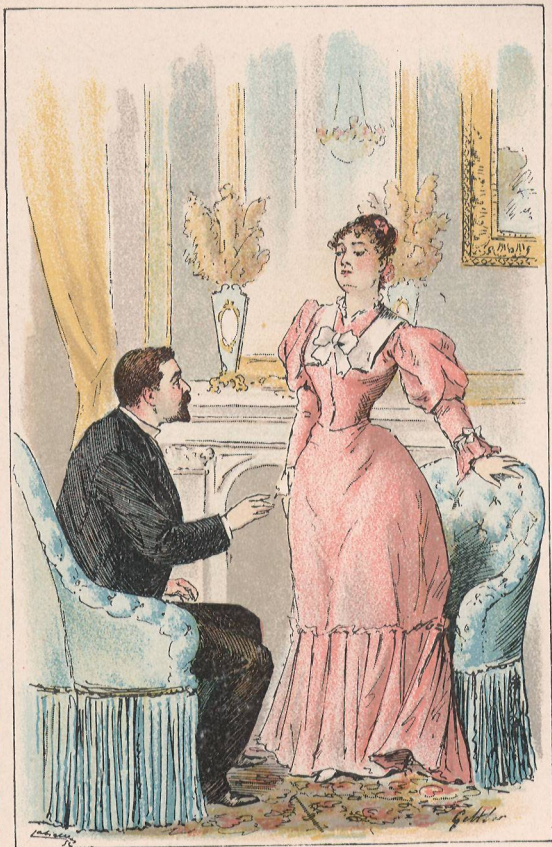
Una mañana, Benigna, la hija mayor de Aurelia, presentóse contra su costumbre en la habitación de su tía. Gran tormento era para ésta el despego con que la trataban sus sobrinos. Aquellos ángeles, por los que ella hubiera querido dar

la existencia, heredaban de su madre el espíritu de ódio que por ella sentía, manifestándosele á la pobre Angela sin ningún rebozo.

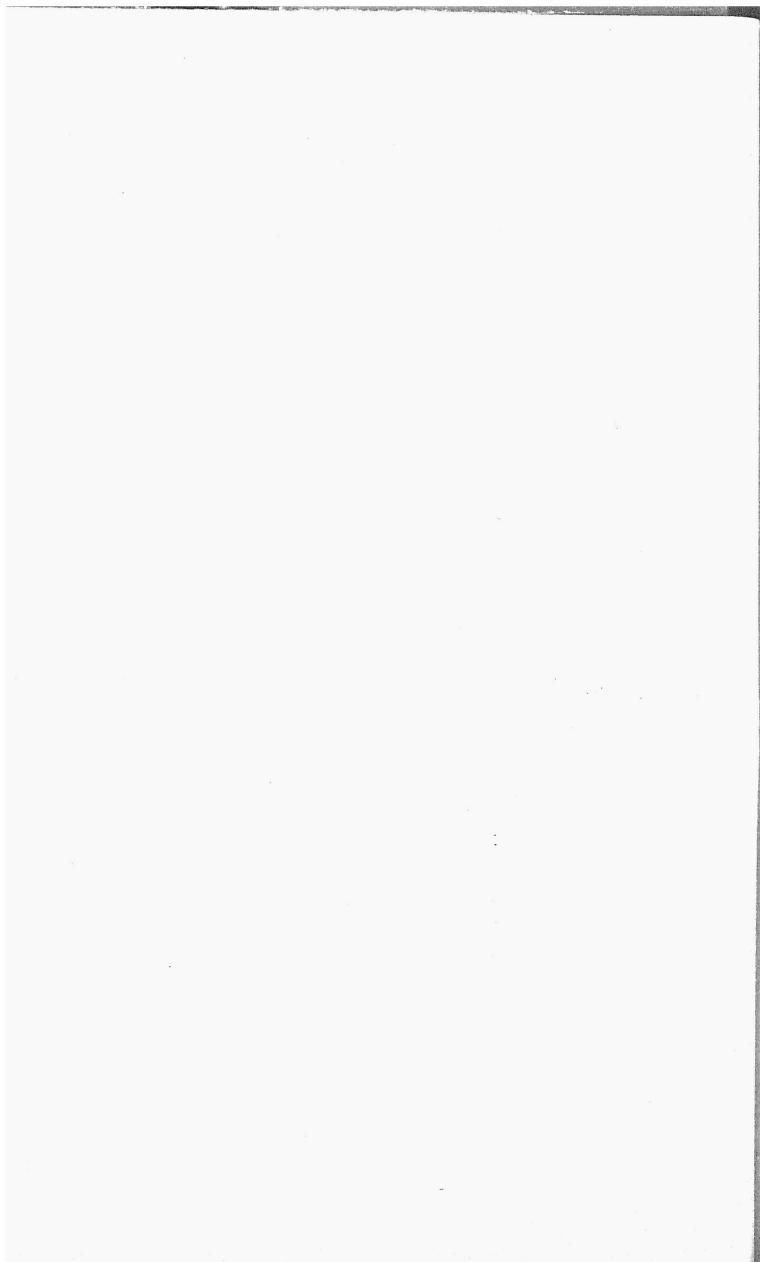
Mucho contribuían á esto el *aya* y las *pasiegas*. Estas despreciables mujeres, deseosas de halagar á su señora, no cesaban de burlarse de la pobre viuda que, falta de recursos, no había podido comprar con regalos el afecto de aquellas mercenarias. Señalábanla, pues, con toda clase de apodos delante de los niños, para los que su tía vino á ser un objeto de mofa y de desprecio.

La niña Benigna educábase en un afamado colegio, siendo por su talento precoz asombro de sus maestros. Aun no contaba diez años y ya sabía música, francés, geografía, aritmética, historia... íbase, en fin, poniendo á la altura de todos los conocimientos humanos. Mas á pesar de tan profundos estudios, no habían cuidado sus preceptores de que supiese una cosa, que según el célebre dicho de una ilustre escritora francesa, por sí sola constituye la educación: Benigna no sabía sentir.

La sensibilidad, no la ficticia y ridícula, objeto de justas censuras, sino la verdadera, la que puede hacernos buenos y amables, es flor que brota espontánea en el alma de los niños, mas que necesita ser cultivada, ya por los santos ejemplos y saludables consejos de una madre, ya por hacerles comprender la sublime máxima de nuestra



—¡Nunca!—gritó Aurelia, levantándose como si hubiese sido mordida
por un áspid. *pág. 83.*



augusta religión: *ama á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo.*

La flor de la sensibilidad, ó mejor diremos, para evitar esta palabra tan ridiculizada, la flor del noble sentimiento yacía marchita en el corazón de la hija de Aurelia, y la savia que debía haberla hecho fecunda, prestaba lozanía á la loca soberbia, á la necia vanidad y á todos los malos instintos de la niña, convirtiéndola su instrucción, por falta de sensatez y modestia, en una fátua insufrible.

Miraba Angela á su sobrina con profundo temor. Aquella criatura tan mal dirigida era implacable con ella. Jamás de labios infantiles brotaron más punzantes sátiras que las que Benigna, aplaudida por su madre, le dirigía.

Al verla entrar ahora en su habitación, apoderóse de su alma un acerbo presentimiento; mas desechándolo cuanto pudo, llamóla hacia sí con cariño.

—¿No me darás hoy un beso, hija mía?

—No; respondió la niña con desdén. Como vés, acabo de vestirme y tu traje me tiznaría. Esa ropa negra me inspira horror. ¿Hasta cuándo va á durar tu luto?

—¡Siempre!

—¿Siempre? Entonces tu luto va á ser para tí lo que, según mi aya, eres tú para nosotros, un *censo irredimible*.

—Mi luto, Benigna está en el corazón. Este traje es sólo un reflejo de mis sentimientos.

—Y ¡qué feos deben ser tus sentimientos cuando tales reflejos producen! Por-

que la verdad es, que estás hoy horriblemente vestida. ¿Y vas á bajar á comer como estás ahora? ¿Sí? No sé cómo tienes valor para ello.

—Hoy precisamente tenemos convidados; va á venir mi tío el vizconde con un marqués amigo suyo, un joven muy guapo y muy elegante. Vienen la señora de un jefe de Estado Mayor, la viuda de un brigadier... y qué sé yo cuántas más. Figúrate qué papel harás entre tantas personas *comme il faut* con tu traje negro-ala-de-mosca, tu antiguo peinado, tu falta de soltura, tu tristeza, tus suspiros... Yo, en tu lugar, me fingiría mala y haría que me sirviesen aquí la comida... Y eso hoy y todos los días, puesto que casi siempre hay extraños á la hora de comer. Justamente tienes aquí una mesita que te puede servir muy bien. ¿Vés qué cómoda es? añadió quitando los objetos que había en una mesa pequeña que acercó á su tía; enteramente parece construída para el objeto á que la destinamos.

Angela, que había guardado silencio, atrajo hacia sí á la niña, preguntándole con tristeza:

—¿Quién te ha dado la comisión que tan bien desempeñas? ¿Te envía tu mamá? ¡Dios mío! ¿Acaso tu padre?

Inmutóse algo la jovencilla, mas respuesta bien pronto, repuso con desenfado:

—No por cierto; ha sido sólo cálculo mío: Es verdad, añadió con pausa y como quien inventa; es verdad que el otro

día escuché una conversación, que, á mi entender, trataba de esto:

«Pablo,—decía mamá;—mira que me avergüenzo; baja hecha una máscara y esto es un desdoro para nosotros.» «La pobre, decía papá, está anticuada: quizás ella sufra al bajar cuando hay extraños.» «¿Y por qué no lo dice, le evitaríamos esa molestia?» «Quizás por no dar que hacer á los criados.» Yo creo que, al hablar papá y mamá de este modo, aludían á tí. ¿No te parece, tía?

Nada respondió Angela. Pasado un rato llamó á la niña, que tarareaba asomada á la estrecha ventana que daba á la calle.

—Hija mía, dí á tu mamá que no quiero molestarla, que me puede enviar la comida aquí, cómo y cuándo le plazca.

Miró Benigna de reojo á su tía, y al ver que por su pálida mejilla se deslizaba una lágrima, conmovióse algo, murmurando con acento más suave:

—¡No, no, eso no! Le diré á mamá solamente: mi tía está algo indispuesta y me encarga te diga en su nombre que deseará pasar algunos días en su habitación y ser allí servida. ¿Se lo digo así?

—Haz lo que quieras y déjame ya.

Alejóse Benigna algo pensativa, mas al ver á su madre, que la esperaba al pie de la escalera de aquel estrecho desván, animóse de nuevo y echándole los brazos al cuello, le dijo al oído:—Estás complacida: he representado á *merveille* el papel de *enfant terrible*, á consecuencia de lo cual, mi tía, que está algo indis-

puesta, desea que la sirvan en su estancia.

Dióle un beso Aurelia y alejáronse las dos riéndose de lo ocurrido.

Así el talento precoz de la niña había servido en aquella ocasión para abrir más ancha senda á la deshonra de sus padres; porque la presencia de Angela, aunque fuera por corto tiempo, algo imponía á la mujer de Pablo, y si bien la honrada viuda nada le decía, su porte digno y severo, y la atmósfera de virtud que la cercaba, eran para la dama una muda reprensión.

La única valla, aunque débil, que contrabala la desbordada pasión de Aurelia acababa de desaparecer.

XI.

Quedó Angela completamente desterrada.

Pasó algún tiempo; el dolor de la desgraciada aumentaba de día en día. Juzgábase, y con razón, en el caso del más desvalido preso: todos la habían abandonado, nadie aparecía por su miserable estancia más que la mujer comisionada de llevarle la comida, la que por sus modales podía ejercer muy bien el oficio de carcelero.

Entre tanto, llegaban hasta ella, aunque lejanos, todos los rumores de la casa. Muchas veces poníase á escuchar á la hora de comer, oía la voz altiva y vibrante del vizconde, oía la de Aurelia, oía á Pablo, á Pablo que respondía á los

brindis, que alternaba alegre en las bromas, que parecía, en fin, haber vuelto á la juventud. También su hermano mostrábase alegre de no verla, también su presencia era para él una muda reconvención.

—¡Desnaturalizado! ¡no se cuida de mí! murmuraba entonces y daba rienda suelta á sus copiosas lágrimas.

A atormentada sin cesar por la idea de su abandono, proponíase Angela dejar aquella casa, á donde ya no la detenían lazos ningunos. Mas, ¿dónde iría? No conocía á nadie: de sus antiguos amigos, los que se hallaban en buena posición, contábanse en el número de los conocidos de Aurelia, y por consiguiente, para ella lo eran sólo de cumplimiento; los desheredados de bienes de fortuna no se habían atrevido á pisar los umbrales de aquella casa á donde la pobreza era mal recibida. Debemos decir, en honor de la verdad, que ninguno tuvo grande empeño en reanudar las antiguas relaciones con la infeliz viuda, que llegaba á Sevilla, pobre, sola y destinada á hacer un triste papel en la casa de su hermano.

El amigo que no da
Es cuchillo que no corta
Y perderlo poco importa.

Esto dice el pueblo, y por desgracia no falta quien siga máxima tan anti-social y anti-cristiana.

Es verdad que siempre hay honrosas excepciones: Angela había contado con dos ó tres buenas amigas, contemporá-

neas de su madre, mas como en todo era desgraciada, la muerte arrebatóle aquellas bienhechoras que la apreciaban mucho, y que aun cuando pobres hubiéranle brindado un hospitalario asilo bajo su techo.

Estaba, pues, sola, completamente sola: era una extranjera en su patria, una extraña entre su familia. Muchas veces, acusándose de ser una pesada carga para su hermano, quería trabajar colocándose de doncella en alguna casa, pero se hallaba tan débil, los últimos disgustos habían minado de tal modo su existencia, que una fiebre lenta, pero constante, la consumía sin dejarle aliento para nada: ¿quién había de recibirla así? Además, tendrían que pedir informes de ella, y ¿quién los daría? ¿Su hermano? ¿Aurelia?

Desistió de su idea, ella no quería de ningún modo avergonzarlos ni causarles el menor disgusto.

Llegaba el otoño, esa estación que ofrece vagas melancolías á la juventud y tristes pensamientos á la edad madura. Amaneció una mañana nebulosa y fría; aquella lóbreguez parecía aumentar la angustia que oprimía el ánimo de la pobre desterrada, la que recurrió como siempre, á la oración.

Sucedía una cosa extraña: á pesar de lo mucho que había sufrido y de que ya rayaba en los treinta y cuatro años, aun parecía muy joven y conservábase bastante bella, más quizás que en su prime-

ra juventud. Con la extremada delgadez á que había llegado, sus facciones habíanse, puede decirse, afinado; su tez había adquirido la transparencia y el color de la más blanca cera, y sus ojos, extraordinariamente grandes, tenían una mirada tal, que conmovía todas las fibras del corazón.

Arrodillada como estaba ante un Crucifijo, con las manos unidas en el pecho y alzada la vista, hubiera podido servir de modelo al artista que quisiera presentar la imagen de la resignación.

Después de concluídas sus oraciones, sentóse al pie de su pequeña ventana, respirando con ansia el aire y contemplando las apiñadas nubes que, como alados dragones, cruzaban el espacio. Los vientos del otoño traen en sus alas recuerdos para los poetas que escriben y para los que no escriben, que son muchos y sienten tanto ó más quizás que los que tienen la fortuna de dar vida por medio de la palabra al pensamiento.

Ángela jamás había escrito versos: no sabía hacerlos, mas no por eso dejaba de ser poetisa, y poetisa de primer orden. Las circunstancias encadenáronla desde su niñez á trabajos casi mecánicos, mas no extinguieron en ella los elevados impulsos de un alma privilegiada. Su amor á todo lo digno y bello; el ardiente cariño que profesaba á su familia; el culto que rendía á la virtud, cifra de toda perfección, habían, puede decirse, rodeado su existencia de una atmósfera de dulce y santa poesía.

¿Qué importa que no escribiera versos? Cada una de las veladas que consagró al trabajo para atender con su producto al bienestar de su madre, era un himno al amor filial elevado por ella en mudo, pero sublime lenguaje, y aquella larga serie de sacrificios que en su constante abnegación llevó á cabo, fueron bellos cantos que formaban un poema superior á los de Homero.

Poesía, tú puedes aparecer grande, aunque horrible en los campos de batalla, suave en los vergeles, magnífica en los mares, pero eres más bella en el hogar doméstico. En él te me presentas como una pura Virgen velando por la felicidad de la familia... ¡Ay de ella si la vanidad, el libertinaje ó el capricho te arrojan de su seno!

En alas, pues, de los vientos del otoño, acudieron en tropel al pensamiento de Angela todos los recuerdos de su perdida juventud, y silenciosas lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas, prestando benéfico alivio á su oprimido corazón. Después de meditar largo espacio de tiempo, alzó la vista y las manos al Cielo, exclamando:

—¡Virgen María, Madre de misericordia, tú bien sabes que siempre he sentido la noble sed de sacrificarme por la felicidad de todos cuantos he amado: soy al presente un sér completamente inútil; más aún, soy una molesta carga para mi familia...! ¡Madre mía! Haz que halle pronto término mi existencia, ó concé-

deme que los cortos días que me restan de vida pueda consagrarlos en bien de algún sér desvalido que necesite de mis cuidados y mi cariño. ¡Fuérame dado



... atrajo hacia sí la niña, pág. 50.

disminuir en algo ajenas desventuras y aún pudiera llamarme feliz!

Apenas terminada aquella plegaria, que debió ser acogida por la madre de los Desamparados, presentóse la doncella de Aurelia anunciándole, con tono semiburlesco, que un caballero pregun-

taba por ella y deseaba con insistencia hablarle.

Bajó la viuda, y exhaló un grito de júbilo al reconocer á un anciano comandante que había sido íntimo amigo de su marido, al que quería como un hijo.

Después de mútuas explicaciones del estado de ambos y de evocar la memoria de su querido Luis, preguntó Angela á don Andrés Romero, tal era su nombre, si venía destinado á Sevilla.

—No, contestó él, y ni aún siquiera hubiera tenido que pasar por esta capital, si no fuera por complacer á un amigo que me envía á usted, con una misión bien delicada.

—¿A mí?

—Sí. ¿No recuerda usted haberle oído hablar á su marido de un hermano que tuvo?

—Sí, sí; mil veces, Álvaro era constante objeto de nuestras conversaciones.

—Pues bien, Álvaro vive.

—¡Vive!

—Sí, después de veinte y cinco años de ausencia vuelve á su patria anciano, enfermo, y si no pobre, al menos con escasos medios de subsistencia. ¿Qué ha sido de él en tanto tiempo? ¿Quién lo sabe! Su vida, como la de todo el que se espatria desde joven está rodeada del más profundo misterio. El hecho es que se ve agobiado por una prematura decrepitud, y á mi entender bien desgraciado. Desde que llegó ocupóse en hacer las más activas indagaciones, sediento de

encontrar á su hermano; al fin supo su muerte y algunos compañeros lo dirigieron á mí, sabiendo la amistad que nos unía. Habléle largamente de Luis, y de usted: bien espía don Álvaro su olvido; durante la relación que le hice de la muerte de su hermano, lo ví llorar como un niño. Después exclamó impetuosamente: «Yo quiero conocer á Angela: quiero conocer á esa hermana querida: ella, que tan buena fué para Luis, ¿querrá perdonar y admitir á su lado á este hermano sin ventura?» Díjele que no lo sabía, y entonces; estrechando mis manos entre las suyas, añadió derramando lágrimas: «Por compasión, sea usted mi medianero para con ella... Dígale usted que, en memoria del esposo que tanto amó, haga la inmensa obra de caridad de venirse á mi lado, que ya poco la molestaré, porque mis días tocan á su término, y sólo deseo una persona buena y compasiva, como ella, que vele por mí en las terribles horas que me esperan, y cierre mis ojos para el sueño eterno.» En fin, fueron tantos sus ayes y súplicas, que accedí á su deseo. Y en Sevilla nos tiene usted á los dos, yo para marcharme, cuando pueda llevarle la respuesta adversa ó favorable que usted me dé, él para establecerse aquí, donde ha tomado ya una bella, aunque humilde casa, en la que se halla instalado. Hable usted pues.

Angela, sin poder contener su emoción y sorpresa, murmuró:

—¿Será posible que yo pueda á pesar

de mi soledad y pobreza hacer algún beneficio en el mundo? ¿Usted conceptúa, mi buen amigo, que puedo ser útil á ese desgraciado?

—No lo dude usted: se halla en el mayor abandono y casi á las puertas de la muerte.

—Pues bien, dígame usted que al momento volaré á su lado. Nada absolutamente nada poseo; mas no pregunto con qué medios cuenta para subsistir: si preciso fuese, para él pediría limosna.

—No esperaba ya menos de su buen corazón.

Despidiéronse, y Ángela entró en su estancia más tranquila, casi feliz, dando gracias á Dios desde el fondo de su alma, porque al fin le daba una noble misión que cumplir en la tierra.

XII.

La mayor ansiedad reinaba al día siguiente en el corazón de Pablo. Corrían acreditadas noticias de trastornos políticos, esperándose de un momento á otro uno de esos pronunciamientos repentinos, que llevan la consternación á la morada de los que viven del presupuesto, tan innumerables por desgracia en esta nación, que á no ser por tal plaga, sería rica y floreciente.

Pablo no era hombre político; era sólo un empleado probo y sumamente hábil en su negociado, y hasta allí todos los gobiernos habían utilizado sus buenos

servicios. Mas la desgracia hizo que, por complacer á un amigo en recientes elecciones, se afiliase, sin pensarlo, á una bandera política que acaso jamás hubiera sido la suya. Había, pues, marcado su opinión, y aquel imprudente paso podía serle bien fatal, sirviendo de pretexto para destituirlo á los infinitos famélicos de empleos, que son los principales móviles de todos los cambios.

Pensando estaba en esto y revisando sus cuentas el desdichado padre de familia, cuando de repente llegó Aurelia exclamando sin consideración ninguna:

—¿Sabes la novedad que hay? Angela se marcha y nos *abandona* de nuevo. Y ¿con quién dirás? Con un hermano de su señor marido que ha venido no se sabe cómo, cuándo ni de dónde, que está paralítico y pobre, y necesita un ama de gobierno que le sirva gratis ó una hermana de caridad que lo asista: ¿qué dices á esto Pablo?

—Digo que por favor me dejes en paz, que soy bastante desgraciado y no quisiera que los disgustos domésticos aumentasen mis penas.

—Es que yo vengo comisionada por ella para decírtelo, porque se marcha ahora mismo y quiere despedirse de tí.

En aquel momento sonó la voz de un ciego que pregonaba: «El nuevo parte que acaba de recibir el señor Gobernador, donde se da noticia de la caída del Gabinete: aquí verán los nombres de los nuevos Ministros.»

Pablo lanzó un grito de horror. En tanto la Giralda dejó escuchar el sonoro repique de sus alegres campanas. Ese concierto sagrado que se oye, á la vez que en Sevilla, en diez ó doce pueblos de sus alrededores, que llena de júbilo el alma de los buenos sevillanos, sirve en nuestros tiempos, con harta frecuencia, por desgracia, para anunciar acontecimientos que suelen llevar la alarma al pueblo honrado y laborioso, y el dolor á muchos corazones. ¡Cuántas veces esos veinticuatro sagrados bronces, cada uno de los cuales lleva el nombre de un santo, han aplaudido con su mística harmonía hechos vandálicos y triunfos funestísimos para la patria!

A la sazón aquellos vibrantes sonos eran para Pablo toque de muerte: eran el anuncio de su futura humillación, de su inevitable ruina.

¿Comprendía Aurelia lo que en aquel momento sufría su marido? ¿Era tanto su desamor hacia él que no adivinaba las angustias de aquel atribulado corazón? Es lo cierto que, sin cuidarse de lo que anunciaban así el repique como el creciente rumor que formaban los infinitos grupos de hombres, que recorrían las calles dando vivas y mueras á personas determinadas é instituciones diversas, prosiguió implacable:

—¿Qué digo á tu hermana? Mira que viene á despedirse de tí, porque se marcha ahora mismo á casa de su cuñado.

Como si hasta aquel momento no hu-

biera Pablo comprendido lo que le decía, alzó la frente, y exasperado como estaba, respondió con iracundo acento:

—Que, ¿se marcha Angela con el hermano de Luis? Pues bien, no quiero verla... Dile en mi nombre que una vez la perdoné, mas que si reincide no cuente conmigo para nada, y si abandona esta casa, que sea para siempre, ¡para siempre! ¡Márchese en buen hora, y no nos volvamos á ver más en la vida!

Un sordo gemido sonó en la habitación inmediata: Angela, que llegaba á despedirse, había oído las duras palabras de su hermano.

Este sintió impulsos de correr hacia ella, estrecharla entre sus brazos, pedirle perdón por su actitud, suplicarle que no dejase de ir á verla alguna vez á su casa... ¿Por qué, Dios mío, en momentos solemnes pasan las buenas ideas como relámpagos por algunas almas?

Aurelia, que ahora adivinaba bien los pensamientos de su marido, acercóse á él y le dijo en voz baja:

—No te muevas, vas á pasar un disgusto; bien sabes lo obcecada que es *esa mujer*. Yo iré á despedirla.

Pablo había vuelto á su atonía y ella corrió en pos de Angela, que habíase alejado en silencio y bajaba la escalera.

—Ya ha oído V. á su hermano, le gritó; yo no tengo que hacer más que decir lo mismo: que hoy deja V. esta casa para siempre.

—¡Para siempre! repitió la pobre viu-

da. Mi hermano dice bien: *¡no nos volveremos á ver más en la vida!*

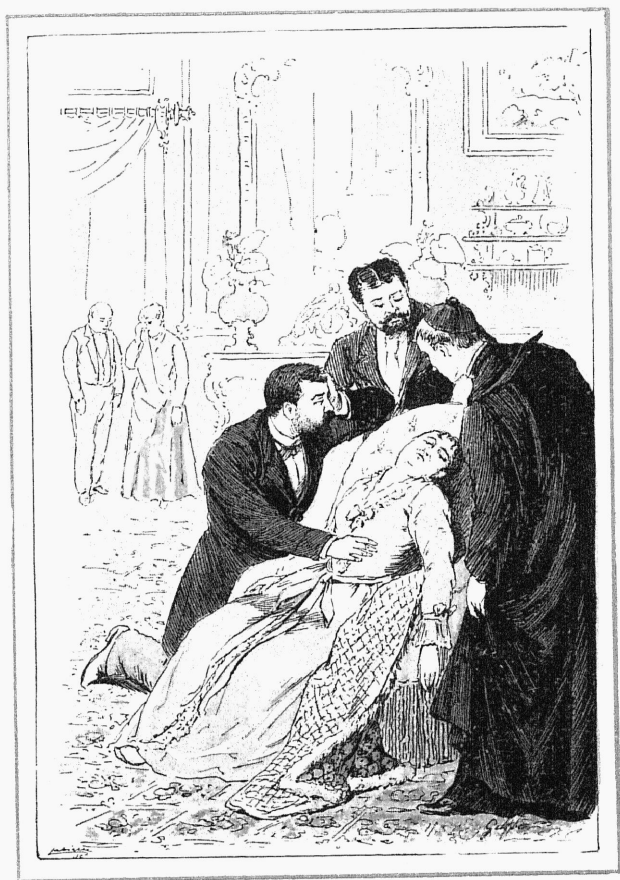
Cubrióse el rostro con el espeso velo de su manto para que no la vieran llorar por las calles y alejóse de aquella mansión, de donde acababa de ser despedida casi ignominiosamente.

XIII.

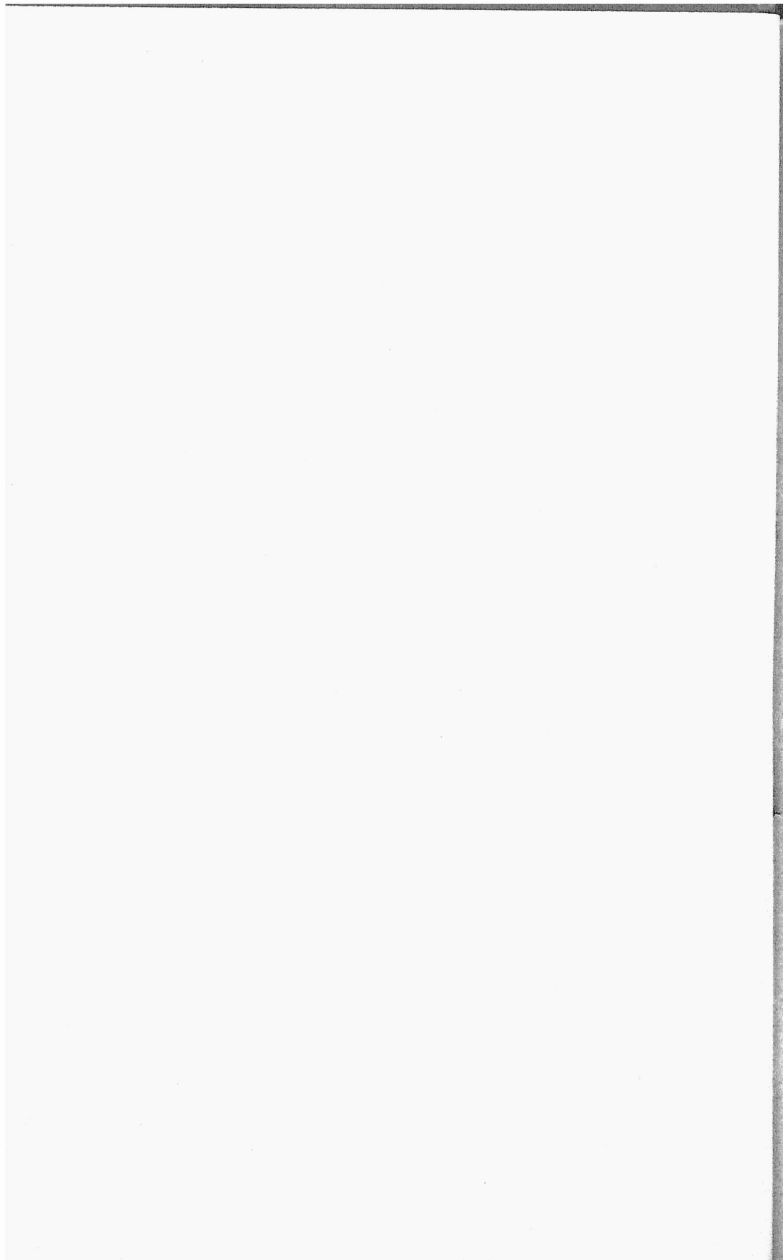
Quien pueda contar los medios de que se vale la caridad para prolongar la vida de los agonizantes y aminorar las penas de los corazones tristes, comprenderá los afanes y desvelos de la viuda de Luis, en la asistencia de aquel desventurado enfermo, que el cielo había puesto bajo su custodia. Dos graves penas oprimían su alma: la primera haber sabido en la consulta que citó de los primeros facultativos de la capital, que no sólo no tenía remedio la enfermedad de su hermano, sino que el término de ésta no se haría esperar mucho, como el mismo paciente lo comprendía. Era el otro pesar hallarse ella tan mal de salud, que temía verse de un día á otro imposibilitada de seguir en su noble tarea.

En efecto; la honda impresión que le hizo la dura despedida de Pablo, había hecho que la fiebre, que desde algún tiempo la venía consumiendo, se agravase de un modo terrible.

—Si yo sucumbo, murmuraba al sentirse desfallecer, ¿qué será de este desgraciado enfermo?



Entre sus brazos, oprimía sólo un yerto cadáver, *pág. 88*



Esta idea daba tal fortaleza á su espíritu, que puede decirse que sólo su firme voluntad era lo que sostenía su vida. Alarmados los facultativos al verla, recomendábanle el reposo, mas la ciencia engañábase tal vez en aquel caso excepcional: en el estado de sobreexcitación en que se hallaba su ánimo, una quietud forzosa hubiera quizás acelerado su muerte. A pesar de la fiebre, su actividad era asombrosa; no faltaba un solo día de atender á todas las necesidades de la casa, ni una sola noche de velar á la cabecera del moribundo.

Padecía Alvaro una enfermedad de corazón que lo dejaba á veces, y durante muchos días, sin movimiento y casi sin sentido. Estos accesos iban siendo cada día más frecuentes, y él no ignoraba que pronto debía llegar el último. En esta idea, una mañana, que se hallaba mejorado al parecer, mas con síntomas de gravedad, hizo sentar á su lado, á su compasiva enfermera, y le dijo estrechando sus manos entre las suyas:

—No te sorprendas, querida Angela, de la determinación que he tomado y que deseo participarte. Aunque yo ya, según tus dignos consejos, he hecho como católico todos los preparativos para el *gran viaje*, he mandado llamar de nuevo á mi confesor y asimismo á un escribano y dos testigos, uno de los cuales lo será nuestro buen amigo don Andrés Romero, el que, como tú sabes, por complacerme permanecerá en Sevilla todo

el tiempo que dure su licencia. Haré testamento: no quiero dejarte en el desamparo en que has vivido. Soy rico; todo mi caudal será para tí.

Angela hizo un movimiento de asombro.

—Conozco la susceptibilidad de tu conciencia, prosiguió el enfermo; pero tranquilízate: mi caudal está legalmente adquirido. Tú bien sabes que cuando abandoné mi patria aun era joven: durante mis primeros años de permanencia en Méjico á donde fuí, trabajé mucho; dedicaba las noches á llevar los libros de una casa de comercio y trabajaba sin descanso, durante el día, en casa de un joyero. Era bastante ingenioso; por pura afición había aprendido ese arte, que llegó á serme muy productivo. A fuerza de economías reuní en breve un capital; corto era, mas el oro, cuando está en manos activas, llama al oro, y no tardó mucho sin que el pobre artífice y humilde empleado apareciese en el número de los más respetables comerciantes. Los felices resultados de mis ensayos diéronme ánimo; asociéme á varias empresas: trabajé sin descanso, siendo tal mi suerte que algún tiempo después ya era lo que aquí llamamos millonario; y diez años más tarde figuraba entre los capitalistas aun en aquel país de Cresos. El trabajo y la economía hicieron solamente aquel prodigio. Te aseguro que en ninguno de mis negocios falté á la probidad que heredé de mis honrados pa-

dres. Una sola ha sido mi falta, la cual sufre terrible expiación. La avaricia me hizo ser insensible con mi pobre hermano: yo tenía el tranquilizador convencimiento de haberlo dejado bien colocado en una carrera que, dado su pundonor, tenía un porvenir, si no brillante, al menos seguro. No contesté, pues, á ninguna de sus cartas temiendo que pudiese algún día, como joven que era, pedirme dinero. Mi ilusión era presentarme á su lado inmensamente rico. Los avaros juzgamos ser eternos. Al fin he vuelto á mi patria; pero ¡cómo! Cuando ya él no existe, y yo estoy inscripto en el registro de los elegidos de la muerte.

Detúvose Alvaro fatigado, y en breve continuó:

—Mis bienes podían ser más cuantiosos, pero al retirarme del comercio y realizar mis fondos he perdido mucho. Además hice grandes donativos á los fieles dependientes que por espacio de muchos años habíanme auxiliado en mis tareas, y á los cuales no volvería á ver más. No sé si fué por la alegría de regresar á mi patria ó por la tristeza de abandonar aquella tierra, que tan hospitalaria había sido para mí, habíase efectuado un cambio total en mis sentimientos, despertándose en ellos la generosidad por tanto tiempo adormecida: ninguno de mis servidores debió quedar quejoso.

A pesar de tan grandes gastos, mi capital asciende aún á treinta y siete millones de reales, que hoy mismo serán para tí.

Angela no había vuelto en sí de su asombro. Al escuchar aquellas últimas palabras, exclamó llorosa:

—Y ¿de qué me servirán si yo también estoy á las puertas del sepulcro?

—Es verdad, pobre hermana mía: no gozas de salud; mas si por desgracia mueres, puedes legar tu herencia á quien quieras. Tienes familia que te amará: ¿cómo no ha de amarte cuando tan buena eres?

Angela sonrióse con tristeza.

—Puedes dejar por heredero, continuó Alvaro, á aquél de quien más pruebas de cariño hayas recibido. Además, yo no te impongo condiciones; puedes hacer de ese caudal el uso que te plazca.

Dos días después espiraba Alvaro en los brazos de su heredera, la desconsolada Angela.

XIV.

No dejan de contemplarse, si bien no con frecuencia, casos de enriquecimientos rápidos; ora por la lotería, ya por herencias inesperadas, ya por gran prosperidad en los negocios, ó bien por otras diversas causas. Generalmente todos los que han pasado la infancia y la juventud en la escasez ó la miseria, al cambiar de fortuna cambian así mismo de carácter. Mas no todos varían del mismo modo, y si unos truecan la bondad y la amable modestia por esa vanidad insensata que se atribuye á los recién enri-

quecidos, en cambio otros existen, y el lector no dejará de conocer alguno, que, habiendo sido adustos é intratables en la desgracia, se vuelven francos y bondadosos en la prosperidad. Es que esa esquivez de los que se hallan en mala posición, y que muchos traducen por orgullo, suele ser exceso de modestia.

No tendría Ángela que aparecer en ninguno de estos dos extremos al hallarse en posesión de su inmensa fortuna: era demasiado claro su entendimiento para envanecerse por aquel oro que la Providencia ponía en sus manos, y, noble y digna, había sido siempre harto bondadosa con todos para no serlo más al cambiarse su papel de protegida en el de protectora.

Decretado, empero, estaba que aquellas excelentes cualidades quedaran ignoradas. Poco después de espirar don Alvaro, ella también entraba en la agonía. Mas aquella agonía extraña no presentaba síntomas alarmantes: es que no existía en ella enfermedad ninguna; la muerte llegaba por inanición, los lazos de aquella gastada vida desatábanse en silencio.

Excepto el confesor y Romero, nadie sabía las disposiciones testamentarias de don Alvaro. En la casa, no había cambio ninguno, por lo cual Ángela, no mirada como rica, veíase libre de esas atenciones molestas, por lo exageradas, que suelen emplear la gente mercenaria con las personas acaudaladas.

Era el 1.º de noviembre. D. Andrés Romero y algunas personas de la vecindad que acompañaban á la pobre doliente, bien agenos del estado de gravedad en que ésta se hallaba, marcháronse al cerrar la noche, por temor á la lluvia que amenazaba. A poco, Angela mandó á sus sirvientes que se retiraran y encerróse en su habitación.

La soledad, el profundo silencio que reinaba en torno suyo, interrumpido sólo por el lúgubre tañido de las campanas que doblaban como víspera que era del día de Difuntos, envolviéronla en la densa nube de tristeza que tantas veces habíase apoderado de su espíritu. Sentada en una butaca entregábase como siempre á sus amargos recuerdos, y cada vez que las vibraciones del sagrado bronce despertábanla de su letargo, elevando la vista al cielo murmuraba:

—¡Madre mía! ¡Luis! ¡Alvaro!... ¿Me llamáis. Sí, sí; pronto iré á reunirme con vosotros.

De improviso asaltóle una idea que ya por dos ó tres veces había reinado en su imaginación.

—Cuando yo no exista, pensó, ¿quién poseerá estos bienes? ¿Pablo? ¿Aurelia? ¿Ellos, injustos é implacables enemigos de aquel que á fuerza de privaciones pudo adquirirlos? ¿Los que odiaron sin razón á Luis? ¿Los que me dejaban morir en el más completo abandono?... No, no; ¡imposible! Yo quiero, yo debo hacer testamento, y pronto, pronto, porque

mi vida se acaba. Mas ¿á quien legaré mi fortuna? seguía diciendo para sí. Mi buen amigo Romero es anciano y no tiene familia; este caudal inmenso quedaría pronto sin dueño, siendo quizás objeto de pleitos escandalosos. Le dejaré sólo capital suficiente para que no viva esclavo de su carrera, y buscaré otro sucesor. Alvaro; tú no me impusiste condiciones; mas poco antes de tu muerte decías «Deja tu caudal á aquel de quien más pruebas de cariño hayas recibido.» He tenido amigas, evocaré recuerdos... La que más fiel me haya sido, esa será mi heredera.

Y levantándose fébril y agitada, encendió una bujía en la ténue luz de la mariposa, sacó de la cómoda un cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar, donde guardaba su correspondencia, esparcióla sobre la mesa y, sentándose, abrió con mano temblorosa las cartas una por una, leyéndolas por orden de fecha. Las más antiguas, las que recibió en Avila cuando Luis vivía aún, estaban llenas de frases cariñosas y finos ofrecimientos, las posteriores de las mismas personas, recibidas en contestación á las que ella había escrito demandando un asilo cuando gemía despreciada en casa de Aurelia, todas eran frías, excusándose sus autoras de recibirla, unas por no tener casa, otras temiendo incurrir en elenojo de sus hermanos si le ofrecían hospitalidad.

—Ninguna tuvo compasión de mí, pen-

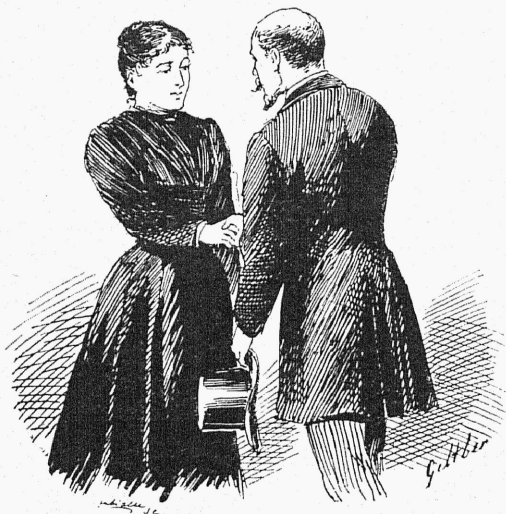
saba. ¡Amistad! ¡Cuántos desengaños sufrimos aún de los mismos que te invocan! Mas no por tan tristes decepciones dudo de tu benéfica influencia... Sí; existen seres que responden á tus inspiraciones... ¡Dichoso el que los halla! No desistire empero de mi idea, continuó, que es justa: si no tengo un heredero digno, recurriré á la casualidad, recurriré á una de esas excentricidades que parecen increíbles... Al rayar el día abandonaré mi casa, estrecharé contra mi corazón al primer niño pobre que encuentre, lo adoptaré por hijo, será mi heredero, y, á falta suya su familia si es honrada. Tendré al menos la satisfacción de haber hecho feliz á un inocente, que me consagrará un recuerdo de cariño, quizás una lágrima de gratitud.

Decidida hizo pedazos, arrojándolos al suelo, todos aquellos testimonios de las sufridas ingratitudes, y registró la caja por si quedaba alguno. Al peso de su mano desprendióse un doble fondo que tenía el cofrecillo, del cual no se acordaba. En aquel *secreto* aún restaba otra carta. Abrióla apresuradamente exhalando un apagado grito de sorpresa.

Era de Pablo; mas de Pablo cuando niño bondadoso cedía á los nobles impulsos del santo cariño fraternal. Aquel papel, amarillo por el tiempo, tenía alrededor una ancha cenefa, en el centro de la cual estaban trazadas estas palabras con menuda y bella letra:

«En prueba de profunda gratitud co-

loco á tus pies, hermana mía, esta humilde ofrenda, que, á falta de otro mérito, lo tendrá para tu corazón al saber ha sido adquirida con la primera cantidad



—Pues bien, Alvaro vive... *pág 58.*

que, con el sudor de su frente, ha ganado tu amante hermano, Pablo.»

Volvió la hoja; al respaldo había otros renglones trazados con temblorosa mano. Besólos Angela con respeto: había reconocido la letra de su madre.

«Hija querida, decía: sea para tí tan delicado presente, perpetuo testimonio de la gratitud y el cariño de tu hermano, que tan buen empleo ha sabido dar

al primer fruto de su trabajo. Conserva siempre esta dádiva, y reflexiona al contemplarla que, aunque de escaso valor real, sólo pudieras pagarla á peso de oro, y aun así no bastaría.»

¡A peso de oro! murmuró Angela tomando la caja y mirándola con cuidado. Es verdad; yo deseé un día, cuando joven, este cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar, y mi hermano se apresuró á ofrecérmelo. ¡Con cuánto amor lo hizo! ¡Cuántas privaciones le costó su obsequio! Tengo esa deuda que había olvidado... El la habrá olvidado también. Mas no importa, te obedeceré, madre mía; pagaré su dádiva al precio que desees... Mañana, apenas raye el alba, colocaré este cofre en una balanza, y arrojaré el oro que pese al rostro de Pablo, para no deberle nada al morir.

XV.

Fatigada la triste moribunda, volvió de nuevo á la butaca, destrenzóse el cabello con mano temblorosa y arrojó lejos de sí el pesado abrigo que habíase colocado sobre su larga bata blanca: sentía un calor sofocante á pesar del frío glacial que reinaba en la atmósfera: era que su lenta fiebre sufría un violento recargo.

Con la cabeza reclinada en el respaldo de su asiento y los brazos tendidos, quedóse largo tiempo inmóvil y de nue-

vo sumergida en sus tristes recuerdos.

La noche tocaba á su término; en la elevada torre dejóse oír el lento y acompasado son con que la *Santa María*, la mayor de sus campanas, anuncia los primeros destellos del alba. Al escuchar el sonoro y grave tañido, un estremecimiento nervioso agitó los miembros de Angela que murmuró como respondiendo á las fantásticas imágenes que se levantaban en su pensamiento:

—Te obeceré, madre mía; pagaré esa deuda sagrada... Pronto, pronto, traedme una balanza; mis fieles criados, traedme todos mis bienes... ¡Pronto! ¡pronto!... Mi vida se acaba por momentos y quiero pagar esa deuda.

Y al decir esto, febril, delirante, vió á sus criados llegar y suspender del techo una gran balanza, tan grande que no hubiera podido caber en aquella modesta casa. Angela vió su alcoba trocada en un dilatado salón.

—¡Pronto! ¡pronto! seguía diciendo con gran angustia: ¡mi caudal! ¡traéd-melo! ¡Quiero pagar esa deuda!

Dirigiendo los ojos en rededor vió treinta y siete arcas llenas de oro. Cada una contenía un millón. Era todo su caudal.

—Pablo, nada te deberé en breve, prosiguió con sardónica sonrisa. Y tomando el cofrecillo, dirigióse palpitante y fatigada hacia la balanza. Era ésta una palanca de muchos metros; á cada uno de sus extremos pendía un gran

círculo de bronce, suspenso por cuatro gruesas cadenas. En uno de aquellos platillos gigantescos puso Angela el cofre de ébano con incrustaciones de nácar... A su peso cedió la balanza, el círculo de metal corrió hasta el suelo, produciendo un vibrante sonido.

La pobre enferma sintió un nuevo estremecimiento; aún seguían sonando las graves campanadas del alba.

—Ahora, exclamó, en el otro extremo de esa balanza colocad oro, ¡mucho oro!

Cuatro hombres pusieron todo el que contenía una de las arcas en el platillo libre, que no tuvo el menor movimiento.

—¡Más oro! más oro, seguía diciendo Angela.

Dos ó tres arcas habían quedado vacías: la inmovilidad continuaba.

—¡Más, más oro! seguía gritando delirante la enferma.

Todo el que contenían las arcas fué trasladado al platillo: el opuesto no se había levantado del suelo ni una sola línea.

Angela contempló con espantados ojos la cajita de ébano y nácar.

—¿Tanto pesa? murmuró. ¿Tanto es el valor de esa dádiva que no voy á poder pagarla?

Y fatigada, temblorosa, acercóse al extremo á donde su caudal hallábase colocado. En el centro del círculo de bronce había una pirámide de monedas de oro: el mismo efecto hacía que si allí se hallase colocada la más leve arista;

la balanza por aquel lado estaba más de un metro levantada del suelo-

—Aun con todo ese oro no puedo pagar mi deuda, continuaba; mi deuda, que es de cariño. ¡Pobre hermano mío! ¡Cuán grande era el que entonces me tenías! Eras para mí un hijo, yo tu segunda madre... ¡Cuántas pruebas! ¡Qué constante abnegación durante nuestras largas desventuras! Y aún seguirías siendo mi bueno, mi fiel hermano, si más digna compañera hubiérate tocado. Tú hubieses acogido á mi desgraciado Luis, que acaso viviría; viviría tal vez nuestra madre, seríamos una familia unida, respetada, rica, modelo de virtudes... Hoy... ¡Desdichado Pablo!... Tu débil carácter te hizo esclavo de la vanidad de una insensata, y hoy estás á las puertas de la miseria, al margen de la deshonra... ¡Tú, tan probo, agobiado de deudas, mirado con desdén por los hombres honrados!... ¿Cómo yo, necia de mí, siendo rica pensaba dejarte en la pobreza y el abandono?... ¡Nunca, nunca! Acepta mi caudal como precio de tu dádiva... Pero no: no basta este oro á pagarla... ¿Moriré con ese dolor?..... ¡Más oro, más oro! gritaba fuera de sí. ¿No véis que la balanza no se inclina? ¡Más oro, más oro!

Al decir esto oprimía penosamente entre sus manos una de aquellas gruesas cadenas, procurando con todas sus fuerzas que bajase. Trabajo inútil, el peso continuaba inmóvil.

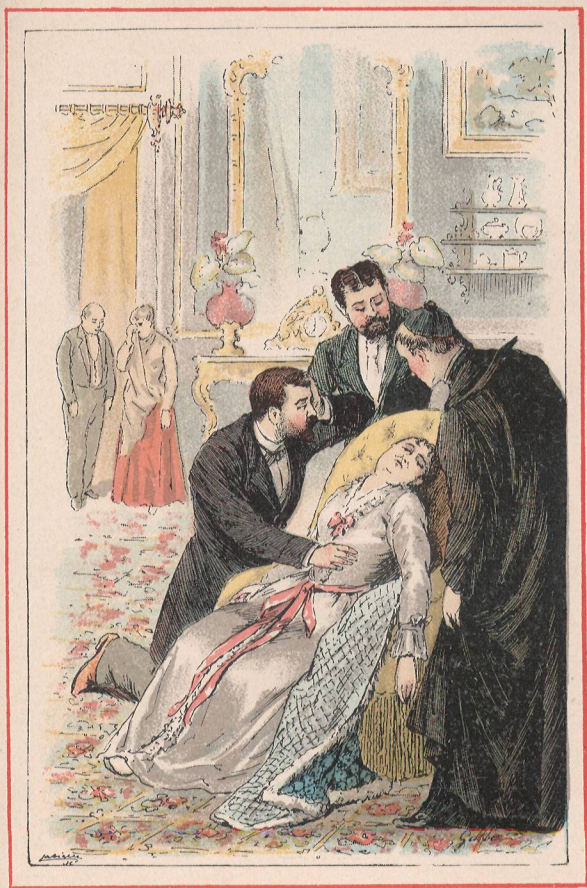
—Dios mío, Dios mío, proseguía con la respiración anhelosa, yo no quiero, no quiero morir sin haber pagado mi deuda! Pablo, hermano mío, ¡cuán grande ha sido tu cariño! Perdóname, perdóname, añadió bajando la frente, perdóname... Yo también te perdono y te bendigo, pidiendo á Dios alcances toda la felicidad de que yo he carecido en la tierra.

Así diciendo, sintió acudir á sus ojos una lágrima de ternura. Aquella gota de celestial rocío deslizóse por su mejilla, cayendo en el gigantesco *platillo* de bronce, que bajó rápidamente hasta el suelo: el peso habíase nivelado.

—¡Gracias, Dios mío! gritó he sido perdonada: he pagado mi deuda, no con oro, con mi cariño, que ha renacido grande y puro en mi corazón.

Y sintió, al decir esto, tal estremecimiento de gozo, que le hizo levantar los brazos al cielo en señal de gratitud.

Alzó la frente, abrió desmesuradamente los ojos que dirigió asombrada por la habitación, alumbrada ya por la luz del día... Hallábase sola, completamente sola y sentada en la butaca, de la cual no se había movido. Cesó su delirio, desapareciendo en él las vagas sombras que turbaron su imaginación. Lo que desgraciadamente no era sueño era su proximidad á la muerte. Ella comprendíalo así; sintióse libre por un momento de su fiebre tenaz; quería aprovecharlo para hacer sus últimas disposiciones, y levantándose, agitó con



Entre sus brazos, oprimía sólo un yerto cadáver, *pág. 88*

Arrepentido de haber desdeñado los avisos de su digna hermana, y anhelando poner remedio, aunque tardío, á tal peligro, habló á Aurelia primero con buenos modos y justas consideraciones, y después, en vista de la acritud de su mujer, con la firmeza que su autoridad le daba, prohibiéndola terminantemente que en ausencia suya recibiera al Vizconde y que éste la acompañara á los paseos.

Aquel día llegó el encono de Aurelia al más alto grado.

—¡Miserable! dijo rechinando los dientes de rabia, apenas se halló sola. ¡Has adivinado mi pasión desgraciada y no has sabido comprenderme! Sí: yo amo á Enrique, pero mi amor es grande y puro, como tú no puedes imaginarlo jamás! Yo, por consideración á tí, he desoído las apasionadas súplicas de mi primo: he sido fuerte á sus exigencias, he rechazado sus proyectos... y así me lo agradece!

Después de pasear largo rato por su habitación, con la inquietud de la pantera, Aurelia escribió á su primo pidiéndole no volviese á verla, y pintándose como víctima desgraciada de su deber y del encono de un marido injusto y déspota.

La insensata llamaba amor puro á la vergonzosa inclinación que sentía hacia aquel sér despreciable. A pesar de su tácita deslealtad, juzgábase honrada por haber rechazado las exigencias de su primo, exigencias provocadas por sus coqueterías; y aquel escandaloso capri-



... Colocaré este cofre en una balanza... pág. 74.

cho era apellidado por ella *pasión desgraciada*, nombre con que tantas veces tratan, aunque en vano, de encubrirse la fragilidad y el libertinaje.

Otro acontecimiento llegó en breve que debía poner á prueba el amor de aquellos desdichados esposos. Los acreedores de Pablo, que ya sólo veían en él al pobre cesante ridiculizado por el lujo

y la conducta equívoca de su mujer, trataron, sin conmiseración ninguna, de exigirle todo cuanto les debía. Algunos, compadecidos de su triste situación, perdonaron la deuda ó aplazaron el cobro para otra época más oportuna: mas otros trataron de reunirse para cobrar judicialmente lo que pudieran.

Pablo dió tan infausta nueva á su mujer, que se manifestó sumamente afligida.

—Tranquilízate, añadió él; contamos con medios para conjurar esa desgracia. Tenemos aún muchas y muy buenas alhajas, que, vendidas en conciencia pueden darnos cantidad suficiente para redimir nuestras deudas y aún para que nos reste algo con que subsistir en tanto que no cambie nuestra posición.

—¡Nunca! gritó Aurelia, levantándose como si hubiese sido mordida por un áspid. ¡Desgraciado, continuó; ¿imaginas que pueda yo consentir que *mis joyas* corran la misma suerte que por tu debilidad é imprevisión espera á todo cuanto poseemos? ¡No, y mil veces no! Es lo único que resta de *mi patrimonio*: son *alhajas de familia*, de que no puedo ni debo deshacerme, y las ocultaré con tiempo, dándolas en depósito á persona segura si no basta mi *carta de dote* para salvarlas de la justicia.

—Y permitirás que se lleve á cabo el escandaloso embargo, y que tu marido se vea acaso reducido á prisión?

—Supuesto que sabes el peligro que corres, con tiempo ocúltate ó apela á la

fuga. Dispón las medidas que juzgues oportunas, pero ten entendido desde ahora que mis diamantes no se venden.

Al escuchar estas palabras, sintió Pablo extinguirse en su corazón la última chispa que aún restaba de aquel amor que por tantos años había tenido ciego. Levantóse, y dirigiendo una mirada de supremo desden á su indigna compañera, corrió á encerrarse en su escritorio. Necesitaba estar solo: allí, apoyados los brazos en el buró y reclinando la frente en sus temblorosas manos, pudo, sin testigos, dejar correr las abrasadoras lágrimas que oprimían su pecho y evocar entre sollozos la memoria de su noble y honrada madre.

XVII.

Amaneció el 2 de noviembre, triste como siempre lo es, y para Pablo más aún, por ser aquel día víspera del designado para que pasase todo cuanto le pertenecía á poder de sus implacables acreedores.

La previsora Aurelia tuvo buen cuidado de ocultar sus joyas, como había dicho.

A las diez de la mañana hallábanse ambos esposos reunidos en el comedor. Ella, avergonzada, pero no arrepentida de lo que había hecho, aparecía trémula y sin atreverse á levantar los ojos; él, aunque triste, mostrábase resignado.

Proponíase Pablo ceder sus bienes y al mismo tiempo la paga que, como ce-

sante, percibía del Gobierno. Había además prevenido, para entregarlo á los interesados, un documento en el que se obligaba á resarcir sus perjuicios con los bienes que pudiera adquirir en lo futuro. Esto, que no lo había hecho por mera fórmula, sino por deseo de su corazón y con el firme propósito de cumplirlo si podía, tranquilizábalo en medio de su desdicha.

Sentados los dos á la mesa, disponíanse, sin dirigirse la palabra, á tomar el modesto desayuno que les aguardaba, cuando la única criada que les había quedado presentó una esquila traída por un hombre, que aguardaba en el patio.

Pablo lanzó un grito al leerla:

—¡Dios mío! ¡Mi pobre hermana está acabando! ¡Quizás ya no exista! Y yo que tan ingrato he sido con ella, sentiré por siempre el dolor y el remordimiento de no haber podido recibir su último suspiro!

Levantóse, y tomando el sombrero, salió precipitadamente. Corrió Aurelia tras él y lo detuvo en la galería.

—¿Vas á verla? le preguntó.

—¿Acaso puedes dudarle?

—¡Vas á traerla de nuevo á mi lado!

—¡Ojalá pudiera ser, ella nos salvaría!

—¡Vas á traerla para que sea nuestra perpétua reconvención, para que critique todos nuestros actos, para que me expíe y me calumnie!

—El que bien obra no debe temer nunca que lo expíen.

—Escúchame, Pablo, añadió ella es-

trechándole con fuerza una mano; si *esa mujer* vuelve, abandonaré *mi casa*.

O vives con ella ó conmigo. ¿A cuál prefieres?

La mísera, creyendo que aún conservaba su antiguo prestigio, valíase de los medios que acostumbraba para triunfar, sin comprender que el amor inmenso que su marido le tuvo había muerto para siempre. Las personas débiles, cuando salen de su apatía, suelen ser más duras en sus decisiones que las de firme carácter.

—¿Qué á cuál prefiero? gritó con voz terrible el hermano de Ángela. ¡A ella mil veces! ¡A ella, que es modesta, que es generosa, que es compasiva, que es honrada!... ¡A ella, antes que á tí, que tienes corazón de tigre y alma de hiena! ¡A ella mil veces antes que á tí, que eres, á mis ojos, el sér más indigno y despreciable!

Y rechazándola con violencia, bajó la escalera precipitadamente.

Lanzó la dama un grito de rabia, y cruzando los brazos permaneció algún tiempo inmóvil. El que hubiera podido notar el extraño fuego que despedían sus ojos y el odio que revelaba su semblante, horriblemente contraído por el despecho y la cólera, huyera de ella aterrorizado.

A poco volvió á su habitación. Fatigada y con mano temblorosa púsose á escribir murmurando:

—¡Pablo, tú lo quieres!..., ¡Me desprecias! ¡Me humillas! ¡Me abandonas!... ¡No te quejes si mi venganza es terrible!

XVIII.

La existencia de Ángela tocaba á su fin. Había desaparecido la fiebre, y al ir lentamente espirando, como una luz que se extingue, hallábase en su cabal acuerdo, que Dios concedíale el don de conservar en su agonía toda la plenitud de su clara inteligencia.

Reclinada en un ancho sillón, con las manos cruzadas sobre el pecho y elevada al cielo la vista, repetía con apagado acento las consoladoras palabras que un sacerdote pronunciaba á su lado. Mas apenas sentía rumor fuera de su alcoba, incorporábase, aunque contrabajo, abría los ojos y preguntaba afanosa:

—¿Es Pablo? ¿Es mi hermano?

Cuando conocía su error y apoyaba de nuevo en el respaldo su cabeza, tornaba á cruzar las manos y proseguía sus fervientes plegarias.

Poco después de las once y media oyéronse apresurados pasos en la antecámara. Ángela volvió á incorporarse, y levantando los brazos exclamó:

—¡Gracias, Dios mío, al fin logro verlo!... ¡Ahora sí que es mi hermano querido! ¡Ahora sí que es mi hermano!

—Sí, yo soy, gritó Pablo entrando apresurado y estrechándola contra su corazón. Yo soy, que vengo á que me perdones, á pedirte por la memoria de nuestra santa madre, que olvides mis pasadas ingratitudes. Yo soy que ven-

go á repetirte una y mil veces que nunca has dejado de ser mi hermana querida, mi compasiva bienhechora, mi digna consejera, la que puede aún salvarme de la existencia de oprobio y desventura que me amenaza. Seguro de tu cariño sé que me perdonas: ¿es verdad que me perdonas?

Al decir esto miró el rostro de su hermana y lanzó un grito de angustia: entre sus brazos oprimía sólo un yerto cadáver.

Dos horas después, vuelto en sí Pablo de su desmayo en que había quedado después de aquella escena de muerte, hallóse en una habitación distinta y rodeado de personas desconocidas.

—Cumpló, señor, la promesa que hice á su hermana de usted, dijo don Andrés Romero entregándole el cofrecillo de ébano con incrustaciones de nácar y una esquila.

Pablo miró aquel objeto que despertaba en su imaginación vagas memorias, y abrió la carta. Vió un papel amarillo por el tiempo y rodeado de ancha cenefa: sus ojos se fijaron en lo que veinte años antes había escrito á su hermana. Después de leerlo y asimismo los renglones trazados por su madre, vió otros de menuda letra que decían así:

«He obedecido como fiel hija; he conservado tu dádiva; el precio de ella es cuanto oro poseo y el acendrado cariño que, dando al olvido todas mis quejas, te devuelvo. Sé dichoso, hermano mío, mas no desoigas mis últimos consejos. Vuelve en tí, recobra tu dignidad perdida,

que los hombres honrados no se desdenn de llamarte amigo. Vela incansable por tus hijos, y al conducirlos por la senda de la vida, inspírate en los recuerdos de nuestra honrada madre. Que sus ejemplos te sirvan de norma para la educación de esos inocentes niños. Así será. Muero en la esperanza de que algún día formaréis una familia respetable, citada cual modelo de virtudes, y la idea de que yo puedo haber contribuído en algo á tal ventura, endulza los últimos instantes de tu desdichada hermana,

ANGELA».

Romero abrió la cajita de ébano y entrególe un legajo de papeles.

—Es una copia legalizada de su testamento, dijo.

—¡Qué! ¿mi hermana ha testado?

Don Andrés instruyólo de todas las circunstancias referentes á la herencia, presentándole documentos de las principales casas banqueras de Europa en donde estaban depositados los fondos: Pablo era poseedor de treinta y cuatro millones de reales.

Más que por la sorpresa del repentino cambio de suerte, por el recuerdo de su mal comportamiento con Angela y Luis Guzmán, ante la idea de no poder manifestarles su arrepentimiento y gratitud, fué tal su congoja, que sin las benéficas lágrimas que acudieron á sus ojos, hubiérase desmayado de nuevo.

Comisionóse don Andrés Romero de

disponer todo lo necesario para el transporte y exequias de Angela, y asimismo de repartir las cantidades que dejaba para limosnas.



Y arrodillados todos, elevaron al Cielo fervientes oraciones, *pág. 91.*

Al anoecer volvió Pablo á su casa: hallóla obscura y silenciosa, y oprimiósele el corazón ante la tristeza y abandono que en ella se notaban. Al llegar á su alcoba presentóse la criada llevando luz y le dijo con marcada turbación:

—La señora, que salió esta mañana y no ha vuelto, dejó para usted esta carta.

Abrióla Pablo apenas se halló sólo:

sentía amargos presentimientos. No eran infundados; la carta decía así:

«Me humillas, me desprecias, me arrojas de tu lado... Pablo, en adelante no debes tener derecho para reconvenirme. He ahogado los sentimientos del corazón por conservar ilesa tu honra: hoy no me creo obligada á un sacrificio que no comprendes ni sabes agradecer.

»Abandono, pues, mi casa: prefieres á tu hermana; que ella comparta contigo tu futura suerte. No abrigues en adelante la esperanza de verme: hoy me despidiendo de tí hasta la eternidad».

—¡Hasta la eternidad! Allí será donde únicamente nos veremos, murmuró Pablo con voz sorda.

Suele acontecer que si hallándonos bajo el peso de un gran disgusto sufrimos otro, en vez de apocarnos más aumentase la fortaleza de nuestro espíritu. Pudiera decirse que las penas tienen la cualidad de neutralizarse mutuamente. El hermano de Angela sentía aquel pesar, mas no con la vehemencia que si hubiera sido en otra ocasión, y como esperaba acaso hacérselo sentir la autora de la carta.

Quedóse algún tiempo pensativo; después, como obedeciendo á una firme resolución, quemó aquel denigrante papel á la luz de la bujía, aventó é hizo desaparecer la negra ceniza y tiró con fuerza del botón del timbre.

—Que vengan mis hijos, dijo á la mujer que se presentó.

A poco llegó Benigna conduciendo á sus cuatro hermanos.

El desgraciado padre prorumpió en sollozos al verlos, y atrayéndolos hacia sí agrupados, estrechólos contra su corazón.

—Hijos míos, les dijo con voz conmovida; debemos señalar el día de hoy como una fecha de perpétuo luto para nosotros. Vuestra honrada tía Angela, mi hermana querida, que era una santa y con la que tan injustos hemos sido, ha muerto hoy, y vuestra madre... vuestra desgraciada madre ha muerto también. Ya no las volveremos á ver más: recemos pidiendo á Dios tenga de ellas misericordia.

Y arrodillados todos, y derramando lágrimas, elevaron al cielo fervientes oraciones.

XIX.

Algunos días después, en el mismo periódico que algunos meses antes había elogiado la filantropía de Aurelia, apareció la siguiente gacetilla:

«Hecho escandaloso.

»Nuestros lectores se acordarán de cierto personaje que se hizo notable en Sevilla, donde con el nombre de vizconde de R. era admitido en muchas casas. Pues bien, ese sujeto, que no era tal vizconde, sino simplemente un caballero de industria, acaba de ser reducido á prisión. Parece, según se cuenta, que en esta capital logró seducir á una señora,

cuyo nombre omitimos por consideración á su respetable esposo y honrada familia. La dama en cuestión huyó con el aventurero que se decía ser algo pariente suyo. Llegados á Madrid, él la instaló en el humilde cuarto piso de una humildísima casa, quedando en volver inmediatamente á buscarla, siendo el objeto de su salida encontrar otra habitación mejor y más digna de ella. ¡La del humo! Pasó un día, pasaron dos más, y el amante, que se había llevado consigo el equipaje, no parecía. La nueva *Ariadna* empezó á comprender todo lo amargo de su situación. Aguijoneada por la necesidad tuvo que contar su aventura á algunos vecinos de aquella casa, los que dieron parte al celador. Coincidió este aviso con algunos telegramas llegados de Sevilla, y la policía no tardó en encontrar al *Teseo* de nuevo cuño, que se hallaba al frente de una casa de juego establecida por él. Fué preso inmediatamente y detenidos sus cofres, en los que han sido halladas algunas alhajas de valor que pertenecían á la engañada señora, sin otras muchas que, según varias declaraciones, había vendido para abrir su *honroso establecimiento*.

»Los tribunales entienden ya en este asunto, y es probable que el raptor de damas y joyas, que parece aprovechado discípulo de Anselmo Colet y demás notabilidades de su especie, vaya en breve á cursar nuevos estudios de la misma índole á la célebre Universidad de Céuta».

EPÍLOGO

Hoy Pablo Valdés figura en el número de los primeros capitalistas de la corte, á donde se halla establecido y goza de universales simpatías, más que por su elevada posición, por su honradez jamás desmentida.

Aunque no tiene mucha edad, el dolor, usurpando su poder á los años, ha encanecido su cabello y ha impreso en su semblante huellas de tristeza infinita, que no logran borrar ni su opulencia ni las continuas muestras de aprecio con que se ve acogido por todos. El único placer, el principal cuidado de aquel virtuoso padre de familia, es la educación moral de sus hijos, que por sí mismo dirige. Gracias á sus acertados consejos, Benigna, corregida de sus defectos, es hoy una modesta joven dechado de altas virtudes. Ella es, á falta de la que les dió el sér, la madre de sus hermanos, que la respetan y aman con delirio.

Reúñese diariamente aquella honrada familia para elevar á Dios sus preces por la noble mártir á quien debe el bienestar



de que disfruta. Pronúnciase con muestras de gratitud el nombre de Angela; el padre á veces evoca los recuerdos de aquella hermana querida; refiere los infinitos rasgos de abnegación y bondad de su alma privilegiada y asimismo las penas que sufrió, derramando todos silenciosas lágrimas, digno homenaje rendido á su memoria.

Después los huérfanos rezan por su madre. Los pobres niños menores juzgan que ésta no existe, mas si la inteligente mirada de Benigna encuéntrase con la de Pablo, un mundo de ideas despiértase en el pensamiento de ambos y sus semblantes aparecen velados por densa nube de tristeza.

Razón, en verdad, tienen para afligirse por la desgraciada á quien recuerdan. Aurelia corrió á ocultar su oprobio al fondo de un claustro: allí sabe que la gran fortuna de que goza su familia es debida á la pobre viuda con quien tan mezquina y cruel había sido, y la vergüenza enrojece su semblante. Recuerda asimismo su indigno comportamiento con Pablo cuando lo vió arruinado: con Pablo que tanto la amó, que tan generoso fué siempre con ella; y ésto, unido á los remordimientos que le inspira la memoria de su criminal huída con el falso vizconde, y del ridículo á que por éste se vió condenada, la hacen sufrir perpetua amargura.

A veces, cuando considera que su malidad es patente á cuantos la conocían,

exhalando tristes gemidos derrama copiosas lágrimas.

Las buenas madres al verla, dicen conmovidas:

—Pobrecita!... llora! Dios, sin duda, le toca en el corazón, y se arrepiente.

¿Tendrán razón aquellas buenas mujeres? Los ayes de Aurelia ¿serán de arrepentimiento ó de desesperación? Sus lágrimas, ¿son debidas á la humildad ó á la soberbia?

¡Quién puede adivinarlo!

FIN.